

Voces nativas de América en Buenos Aires

Relatos en quichua santiagueño, guaraní avañe'ẽ y quechua cochabambino

Vitu Barraza | Darío Juárez | Sonia Alcócer
Verónica Gómez (traductora guaraní avañe'ẽ)

AATI
ASOCIACIÓN ARGENTINA DE TRADUCTORES E INTÉRPRETES
Puente de puentes

UBA idiomas

eFFL

FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Voces nativas de América en Buenos Aires

La colección Etnodiscursividades es un proyecto generado desde la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes y posibilitado gracias al apoyo de las siguientes organizaciones:

Etnodiscursividades
LENGUAS ORIGINARIAS

Voces nativas de América en Buenos Aires

Vitu Barraza | quichua santiagueño
Darío Juárez | guaraní avañe'ẽ
Sonia Alcócer | quechua cochabambino
Verónica Gómez | traductora guaraní avañe'ẽ

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decano
Américo Cristófalo

Vicedecano
Ricardo Manetti

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretaria Académica
Sofía Thisted

Secretaria de Hacienda y Administración
Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil
Ivanna Petz

Secretario de Investigación
Cecilia Pérez de Micou

Secretario de Posgrado
Alberto Damiani

Subsecretaria de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Transferencia y Desarrollo
Alejandro Valitutti

Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales
Silvana Campanini

Subsecretario de Publicaciones
Matías Cordo

Consejo Editor
Virginia Manzano
Flora Hilert
Marcelo Topuzian
María Marta García Negroni
Fernando Rodríguez
Gustavo Daujotas
Hernán Inverso
Raúl Illescas
Matías Verdecchia
Jimena Pautasso
Grisel Azcuy
Silvia Gattafoni
Rosa Gómez
Rosa Graciela Palmas
Sergio Castelo
Ayelén Suárez

Directora de imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección *Etnodiscursividades*

Dirección de la colección: Gabriel Torem
Diseño de tapa e ilustraciones: Melina Belén Agostini
Diseño de interior y maquetación: Julieta Golluscio
Correción: Liliana Cometta

ISBN 978-987-8927-09-1
© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y AATI 2022

Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar

Barraza, Vitu
Voces nativas de América en Buenos Aires / Vitu Barraza; Darío Juárez; Sonia Alcócer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2022.
136 p.; 20 x 14 cm. - (Etnodiscursividades / Gabriel Torem)

Traducción de: Verónica Gómez.
ISBN 978-987-8927-09-1

1. Lenguas Originarias. 2. Lenguas Originarias Argentinas. 3. Traducción. I. Juárez, Darío. II. Alcócer, Sonia. III. Gómez, Verónica, trad. IV. Título.
CDD 498

ÍNDICE

Prólogo 7
Introducción 11

VITU BARRAZA 13
quichua santiagueño

Mayupi pujllanaykuna | Nuestra diversión en el río 14
Wackaychaj yuyuchejcitu | Pastorcito guardián 20
Atoj pujllaku | El zorro juguetón 24
Doña Isidrapa atashpan | La gallina de doña Isidra 28
Moto Ckoshckelu | El moto platudo 34

DARÍO JUÁREZ y VERÓNICA GÓMEZ (traductora) 41
guaraní avañe'ẽ

Amóngotyo | Del otro lado 42
Chíru | El Chiru 50
Ysyry jára | El *jara* del río 58
Kururu | El kururu 70
Mitâkuña'i oñe'êkuaáva guyrakuérandie
| La niña que hablaba con los pájaros 78

SONIA ALCOCER 93
quechua cochabambino

Juanitap wawan | Juanita y su bebé 94
Onqokuna | Enfermedades 102
San Antonioqpata maman | La mamá de San Antonio 108
Pampaku | El pampaku 116
Lucía chayan Huanunikama | Lucía llega a Huanuni 120

Prólogo

En general, cuando buscamos información, mapas o datos sobre lenguas indígenas de la región, encontramos referencias a las existentes a nivel nacional. Así, veremos que las provincias del noreste argentino, como Misiones, Formosa, Chaco y este de Salta resultan el área de mayor diversidad lingüística del país. También encontraremos el caso de algunas provincias con alto grado de bilingüismo en lengua indígena, como es el caso del quichua en Santiago del Estero o el guaraní en Corrientes. Mientras que en la región patagónica hallaremos mención al mapudungún, por ejemplo, así como a muchas otras lenguas que se encuentran, lamentablemente, casi en desuso.

Sin embargo, resultará más difícil familiarizarse con la gran diversidad lingüística de las grandes ciudades del país. Para la "gran" ciudad del país, es decir, la Ciudad de Buenos Aires y alrededores, será más desafiante encontrar datos estadísticos o mapas sobre su diversidad lingüística. Esto es porque, en general, es imaginada como producto de diferentes políticas homogeneizadoras de la diversidad que se implementaron a lo largo de la historia, como un enorme paisaje monolingüe castellano (en especial, el castellano rioplatense o porteño). Muy por el contrario, Buenos Aires es en realidad una de las ciudades más cosmopolitas del mundo y, por lo tanto, plurilingüe. No solo encontraremos idiomas indígenas incorporados por migración de personas desde las provincias del interior o países cercanos, sino también lenguas provenientes de otros continentes.

Esta coexistencia de diversidades hace de la ciudad de Buenos Aires un espacio social intercultural, que está muy lejos de la idea de "convivencia" o "crisol". Por el contrario, se trata de un espacio atravesado por el conflicto, la desigualdad y las relaciones de poder. Así, dentro de la ciudad circulan lenguas diferentes, porque muchas personas las ponen en uso diariamente en contextos familiares e intracomunitarios, incluso, en muchas aulas y recreos de escuelas metropolitanas. Sin embargo, estas lenguas difícilmente formen parte del paisaje lingüístico público de la urbe.

En el espacio de la ciudad, en los materiales escritos que circulan en ella, ya sea en las calles, las instituciones, los establecimientos educativos, los organismos públicos, las publicidades o, incluso, los libros que se editan aquí, existe un marcado monopolio del castellano. En otras palabras, la práctica visible de la lengua es monolingüe, casi en su totalidad. Así, el uso de la lengua, junto con otros factores, será aquello sobre lo que se construye el espacio público y, por lo tanto, determinará la relación entre los bienes, los saberes y las personas que en ella viven.

La construcción de un espacio sobre una única lengua será entonces un espacio monolítico que concentra la idea de lo legítimo y lo prestigioso en el grupo que es hablante de esa lengua. Por lo tanto todo intento de diversificar las prácticas lingüísticas visibles debe ser considerado una conquista, un valor en sí mismo y una forma de romper con la imagen monolingüe, como primer paso para empezar a percibir más asiduamente lo que consideramos excepciones y entenderlas como una regularidad fundante de nuestra comunidad.

Esto creemos que constituye el presente material de la colección "Etnodiscursividades", nos referimos al volumen *Voces nativas de América en Buenos Aires*, escrito por Sonia Alcócer, Vitu Barraza, Darío Juárez y Verónica Gómez (trad.), gracias al impulso de la Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes. Este trabajo resulta una importante contribución a la visibilización, el acceso y la circulación de textos en guaraní, quichua santiagueño y quechua cochabambino en el paisaje lingüístico porteño. Resulta en sí mismo representativo de una porción de la diversidad que caracteriza a la ciudad y muestra la perseverancia de las prácticas en lenguas indígenas, gracias a aquellos hablantes e instituciones que apuestan por un paisaje lingüístico más plural.

En este sentido, este logro que, a nuestro entender, constituye el presente material, se alinea con los objetivos que fundan y guían la labor del Laboratorio de Idiomas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Enseñar lenguas es, desde nuestra perspectiva, una forma de garantizar la construcción de una ciudadanía plural en el contexto de sociedades muy diversas. Es por ello que como centro de idiomas universitario ofrecemos la enseñanza de lenguas tanto centrales como minorizadas, atendiendo a los diferentes escenarios de su uso. Las lenguas originarias encuentran de este modo espacios de circulación que habilitan nuevos escenarios de participación y construcción de una sociedad más diversa cultural y lingüísticamente.

El estudio de una lengua no solo constituye la adquisición de nuevas estructuras, sino que nos introduce en la comprensión de la cosmovisión de sus hablantes. El acercamiento a lenguas

originarias, como el quichua, el quechua y el guaraní, nos permite figurarnos cómo entendían nuestros antepasados el territorio que hoy habitan varias naciones latinoamericanas, al tiempo que nos permite conocer en profundidad ese gran saber acumulado. Es por ello que materiales en estas lenguas aportan nuevas posibilidades a quienes ejercemos su enseñanza, y a su vez habilitan otros caminos de aprendizaje para quienes se interesan en ellas.

La formación en lenguas en el nivel universitario así como las publicaciones que surgen desde sus proyectos editoriales, deben contribuir a la formación en la diversidad de sus propios/as estudiantes y a garantizar el acceso de diferentes repertorios lingüísticos y culturales a la comunidad en general. Celebramos la publicación del volumen *Voces nativas de América en Buenos Aires* y esperamos que a ella la sigan numerosas publicaciones similares.

Mayra Juanatey
Asistente de desarrollo académico/Docente de quíchua

Josefina Navarro
Docente de quíchua

Thomas Valenzuela
Docente de guaraní

Ana Brown
Subsecretaría de Asuntos Académicos, Laboratorio de Idiomas,
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Introducción

Como juego dialéctico, para graficar la importancia de la traducción, suele usarse la hipótesis extrema de que sin traducción no conoceríamos siquiera lo más básico de otras culturas. Tal ha sido el silenciamiento aplicado sobre las culturas y las poblaciones originarias que, al referirnos a ellas, este postulado se aleja del absurdo y cobra realismo. Solo conocemos a través de antologías y glosas de segunda y tercera mano algunos pocos relatos míticos de ciertas culturas originarias. Nuestra cultura eurocentrista ignora mucho sobre los saberes indígenas en general y son muy pocas las personas que apenas conocen la existencia de pueblos como los günün a küna.

La etnografía en colaboración se ha puesto la meta de dar voz a los que otrora eran tratados como meros informantes, con lo cual se comenzó a comprender que el verdadero protagonista no es el lingüista sino el hablante, su voz y su pueblo. Otro tanto han avanzado los estudios de traducción, al dejar de lado axiomas como el de la invisibilidad del traductor y ponderar el valor de la traducción como un albergue de lo lejano.

La colección "Etnodiscursividades" se propone un doble objetivo: por un lado, dar un canal para que los hablantes de lenguas originarias puedan hacer oír su voz; por el otro, hacer circular esas voces, esas culturas, en el amplio espacio de la lengua española.

Mucho se ha escrito sobre la traducción como herramienta para la circulación de saberes. En general, estos flujos se piensan desde el Norte Global hacia el Sur Global. La Asociación Argentina de Traductores e Intérpretes, en colaboración con un conjunto de editoriales universitarias argentinas, gracias al apoyo de la Universidad de East Anglia, propone una nueva mirada sobre la traducción como mediación cultural, una que esta vez invierta el camino, abriendo la circulación de saberes a partir de nuestras raíces americanas, de nuestras lenguas.

En este volumen, la Secretaría de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y AATI Ediciones nos traen *Voces nativas de América en Buenos Aires*, una antología plurilingüe de relatos en quechua cochabambino, quichua santiagueño y guaraní, todos con sus respectivas traducciones al español. Mezclando relatos urbanos, cuentos tradicionales, ficciones históricas y fábulas, l@s autor@s y traductor@s añaden inéditas paletas de colores a la policromía lingüística de la ciudad.

Gabriel Torem
Director de la Colección Etnosdiscursividades,
Coordinador de la Comisión de Traducción
de Lenguas Originarias de la AATI

VITU BARRAZA
quichua santiagueño

Mayupi pujllanaykuna

| Nuestra diversión en el río

Vitu Barraza

Tiaj cara yacka wasiyku chackallapi: suj remanso ancha sumaj, sirina mishqui mayupi. Ashca tackos machukuna pacaj caranku, astawan samajyachis. Tukuy changuitos y sipitapas rej carayku chisianaspi, rupay pachapi, armacoj; tucuy ucun llatanllas, atuchajkunapas, punchau llallinancama. Mana ni uchayniojmi caj cara ckayllay turaycka primuy, Amado Barraza.

Cha remansupi, tiaj cara suj wayramuyu yakupi, suni, maypichuscama. Samayta arcachis, wachiina chockacoj carayku wayramuyu urin, puchucananta mascapus, cutiskama llockas pulmoneniyku na tojeanaas. Ckari huas tukuy saticoj carayku, mana manchakus. Sipasta mana munaj karayku chayta ruanankunata. Mana casuasniyku chockacoj karanku, ¡ja ja!

Atuchajkunaykó nej caranku cha pujllanaykunapisi ckaaj casa cara Mayup Mamanta. "Suj yayapa", suj warmiyna, astaanmanta sumaj casa cara. Chayta nej caranku ckaajkunacka. Mayu Mamancka ckaristasi ñujñapucoj casa cara, waquin cutis pusakus payan. Chayna uyarichiaj caranku huahualla captiyku... Sachamanta yuyanas.

Yuyani, cha remansupi tukuy laya challuas purej caranku, ayllasckasina; atuchakuna, ututitaj, murukuna layas. Masi pujllanas ina caj caranku. ¡Nataj anchami sonckoy cusikun, yuyanas amuptinkunancka ukuyta chapreaj, unay pacha inata!

Solía estar casi en dirección a nuestra casa: un remanso muy bello en el lecho del río Dulce. Muchos árboles antiguos lo escondían embelleciéndolo aun más. Todos los chicos y chicas preadolescentes solíamos ir en las tardecitas, en tiempo de verano, a bañarnos; todos con el cuerpo desnudo, incluso los grandes, hasta que concluyera el día. Recuerdo a mi primo Amado Barraza: no sabía de culpas ni pecado, ja ja.

En ese remanso había un remolino profundo, largo, no sé hasta dónde. Atajando la respiración, como flecha nos arrojábamos, buscando una y otra vez el final del remolino, subiendo con los pulmones a punto de estallar. Todos los niños varones nos solíamos meter sin tener miedo. No queríamos que las chicas hicieran eso, pero, sin hacernos caso, ellas se sabían tirar, ja ja.

Nuestros mayores solían decir que ahí donde nosotros jugábamos sí solían verla a la madre del río. Como una mujer, pero más bella, decían que era los que la vieron. La madre del río, "una deidad". Dicen que a los hombres les presumía, algunas veces incluso llevándolos con ella. Así nos relataban cuando aún éramos niños... Recuerdos del monte.

Recuerdo que en ese remanso toda clase de peces solían andar, como elegidos: grandotes, pequeños, de todos los colores. Eran como nuestros compañeros de juego. ¡Pucha que alegra mucho a mi corazón cuando vienen los recuerdos a sacudir mi interior, como en tiempos pasados...!

Mana atini ckonckayta: suj pillku ckaparej cara. Sutencka: mayu untachej. Pay ckaparisckanan, willajniykoj cara mayu untaj risckanta, y na tuku ima cuyurej ckemicoj cara yakuta mascas.

Nisuyquish: ñan yaycunapaj mana ni ima mapaspi tianchu; yachayquish. Pujllananykuna mayupi... iay! Pachakunata, atispa, voliacunanta munayman!

No puedo olvidar un pájaro que solía gritar su nombre: “el que llena” o “llenador del río”; él con su grito nos solía anunciar que el río se llenaría, y todo ser viviente se acercaba buscando el agua.

Les digo algo: el camino para entrar, sepan, no existe en ningún mapa... Nuestro juego o diversión en el río... ¡ay! Si pudiera hacer retornar el tiempo aquel...

Wackaychaj yuyuchejcitu

Vitu Barraza

Yuyashcani maman huachaptencka pichca ascketusta. Huauckesninmantá, pay astawan atitun cara, yuraj y maquisnin atuchaj. Ckaas, súj tiuy nera: "Ashcko atun cancka, súmaj yuyuchejpaj".

Chayna, cháyraj mana ni allita ñawisnintá quichariptin, ná cabraspata corralman pusarayku, yachakus rinanpaj mósoj ayllusninan: cabraswan. Húamaj punchauskunapi, chaupi sájrat ckaaj karanku; huaquin huajreanaas. Nátaj utulita captin, cutis cuyaj karanku, mana mackas.

Chayna utulawan wiñas ris corrallapi micoj cara. Paycka nej carataj, á, cabritillus huauckesnin casckancunata, imajcka asckoswan ima, mana ckawanacoj kara ni imaraykupas. Chayna, suj punchau, ckaaptiycó cabritusan pujllas, cusikoj kara: topetiaptinkuna, ataris ckatitoj cara, canikus ima cabritillusta.

"Puyu" churaporayku sutintacka, sumaj yuraj captin. Sapa tutamantaspi, wackas cutej cara, cabrasta wijchuptiyku ris sachanman mikunancunapaj, ina utulalla captin sachapi purinanpaj. Corrallapi pollitusan, pavusan, ima pujllaj cara.

Wiñaspalla ris, punchaus llallej caranku. Ckonckayllamanta, na runa ashcko cas, cabraswan rera sachaman purej.

Pastorcito guardián

Vitu Barraza

Estoy recordando cuando parió su madre cinco perritos; de sus hermanos él era el más grandecito. Era blanco y de manos grandes. Observándolo, uno de mis tíos dijo: "Va a ser un perro grande, lindo para pastor".

Y así, no bien abrió los ojos, lo llevamos al corral de las cabras, para que se fuera acostumbrando con su nueva familia: las cabras. Los primeros días lo veían medio fiero; algunas hacían por topetearlo, pero al verlo tan chiquito, le tenían lástima y no le pegaban.

Y así de a poco iba creciendo y en el corral mismo solía comer. Él sabría decir que los cabritillos eran sus hermanos, porque él con los perros no se sabía ver por ningún motivo. Y así un día cuando lo vimos jugando con los cabritos, notamos que se alegraba; cuando lo topeteaban se levantaba y los corría, mordisqueando a los cabritillos.

Le pusimos "Puyu" (Nube) como nombre, porque era blanco y lindo. Todas las mañanas quedaba llorando, cuando despedíamos a las cabras para que yendo comieran en el monte, porque él todavía era muy chico para andar en el monte. En el corral nomas solía jugar con los pollitos, los pavos.

Así, mientras iba creciendo pasaban los días. Y repentinamente ya siendo un perro joven, se marchó con las cabras a andar por el monte.

Chaymantacka —willayquichis— na atunpi, tarerayku chaka mayu Machu rajpi, y nerayku: "Acuychis ckaaj imatachus inan súj cabrata ckechuptiycó". Mana sackearayku ni ckemicuyta. Suj muyut ruapucus cabrasnita, caruman pusacora michaasniyku. Mana chamcapuycuman ni sujta.

Ancha ashcko sumaj y pacacudor cara Puyocka. Suj punchau, cabra Ckomer Ñawi huachas cutisa cara, sachapi, quimsa cabritillusta. Atojkuna chayllapi ckechunaasa karanku wawitasninta. ¡Imat atenckanku! Puyu tuckuy atojkunata ckaticusa cara, tukuy cabrasta cutichicus chayllapi, nockayku tarinaykukama.

Huaquin cutis, mayuman pusacoj cara yacuta upiaj, y paycka armacoj cara ima. Chaquiscka pacha captencka, utcu yacuman ckemicoj cara cabrasninan, yacuta mascas, wishiptiyku cha illi sumajta, canoapi tallis.

Chaynami caj cara Puyocka: ashko unanchaj, sumaj yoyuchejpas. Paycka manam ni pitapaswan saticojkara. Ayllusnin y yanasusnin caranku cabrasninlla.

¡Ina mana conckasuni ashckoy munascka! ¿Ima sachapichus purej canqui majaditayquian?

Tiempo después —les cuento—, ya en grande, lo encontramos allá cercano al río Viejo, y dijimos: "Vamos a ver que hace si le quitamos una cabra". No nos dejó ni acercarnos. Haciéndoles un circulo a sus cabras, las llevó lejos, mezquinándonos para que no le tocáramos ni siquiera una.

Muy lindo perro y guardián era Puyu. Un día la cabra Ojos Verdes se había quedado pariendo en el monte tres cabritillos. Ahí mismo, los zorros le querían quitar sus hijitos. ¡Qué iban a poder! Nube a todos los zorros los había echado de allí, haciendo quedar a todas las cabras allí mismo, hasta que nosotros las encontrásemos.

Algunas veces solía llevarlas al río a beber agua y él aprovechaba para bañarse. En tiempos de sequía se arrimaba al pozo de agua con sus cabras en busca de agua, cuando extraíamos el líquido precioso echando en la canoa.

Así sabía ser Puyu, un perro entendido, bello y guardián. Él no solía meterse con nadie. Su familia y sus amigos eran solo sus cabras.

¡Todavía no te olvido, mi perro querido! ¿Por qué monte andarás con tu majadita?

Atoj pujllaku

Vitu Barraza

Suj punchau rerayku don Ñiku Rodriguez wasin ckayllaman. Can chà rajpecka yacka tutayascka, sacha tupiyasckanrayku. Mana pipas purin chaytacka.

Mayumanta armacus, amushcarayku alli soncko, asis, imatallatapas rímas. Ckonckayllamanta, ashckos ckatis sorckoranku... ¿Imatachus? Suj puma pichón casa cara. Ashca ashckos catiptinkuna, paycka —pumacka— suj tacko atunpi llockasacara. Nockaykó mana wanchinaas, utulalla captin, añakus ashckosta anchuchicorayku. Pumata anajpi sackes, rerayku ñaniykuta. Mana ashca purisckaykupi, rikurin suj pampa atun; unayllamanta na rajsej cayku pampa don Ñicupaynata.

Nej riyquichis: atojkunacka canku ancha pujllalus: ashckochasunku, ckaparis pacacuscama, cutis ricuris ckampa ñauckepi... Chayna munasckancunacama...

Cha pampa niyquishpi ckallariscka mpi, ashckos tarinku suj atojtá. Pay sachata mascan. Nataj, ashckoscka mana sackenku y chá tukuy pampata llallinan tian mana munashcas. Asckoscka neranku: "Tanta mikuscka cá atojcka nockaykupaj".

Ckonckayllamanta ckatispa riptinkuna, atoj chupanta punquichis, cayman chackayman chockapucoj cara, ashcosta errachicus caninata. Suj ñawi lipimpi, mana ricurera, ashpa mishpusckaynata... Hm... ¿Mayman rin?

El zorro juguetón

Vitu Barraza

Un día, hemos ido a las cercanías de la casa de don Ñicu Rodríguez. Es muy montaraz, selvático casi oscurecido por ahí, por la frondosa vegetación. Nadie transita por allí.

Habiéndonos bañado en el río, estábamos viniendo, o regresando, con el corazón contento, riéndonos, hablando de cualquier cosa. De repente, los perros sacaron corriendo a... ¿que será? Había sido un puma cachorro. Como lo corrían muchos perros, el puma se había trepado a un árbol grande. Nosotros, por no matarlo (porque era aún pequeño), retándolos a los perros, dejándolo al puma arriba en el árbol, nos fuimos por nuestro camino. En nuestro andar, que no era mucho de ahí, aparece una pampa grande que desde hace mucho tiempo ya sabemos conocer como la pampa de don Ñicu.

Les diré: los zorros son muy juguetones: te hacen burla, gritando, escondiéndose y otra vez apareciendo adelante tuyo... Así hasta cuando quieran.

En el comienzo de esa pampa que les digo, los perros encuentran a un zorro. Él busca el monte, pero los perros no lo dejan, y toda esa pampa tiene que atravesar sin querer hacerlo. Los perros habrán dicho: "Este zorro es pan comido para nosotros, ja ja".

De repente mientras lo iban corriendo, el zorro hinchaba, agrandaba su cola, tirándoles de aquí para allá; les hacía errar el mordiscón a los perros. En un palpitar de ojos, desapareció como si lo tragara la tierra. Hm... ¿adónde se ha ido?

Ashckos lojloyanaanku. Wackas, mascas, wayracachas, mutquej caranku sarunasninta... ¿Imat ruakun atojcka?

Suj pampa pichascka mana imasnioj; sujlla tacko ramasnin tampa tían pampa chaupinpi. Na saykus mascasckaycunamanta, na rishcarayku, mana taris. Ckepanpi Mishocka, ashcketu utula, ris cha tackopa sapinpi, anajman ckaas callarera toriayta. Ckaapticó, chá anajpi, llockas, sirisacara atojcka, ckawaasniyku upallitas anajmanta.

Hermenegildo Bazán nin:

—Apini escopetata. Atini urmachiyta suj chunbuan.

—¡Suyay! —nockayku yanasus niporayku—. Mana allí cancka.

Ancha chulla casckanta pujllanacka.

—Nockayku cayku ashaca y chunca ashckosnioj. Escopetata apiyku y pay, atojcka, sapallitan can, mana imayojpas. Honornioj canaychis tian.

Chaina nis, asckosta anchucherayku, y rerayku, atojta sackes chay maypi llockas pacacusckapi.

Los perros quieren enloquecer. Llorando, buscando, corriendo, olfateaban las pisadas o rastros. ¿Dónde se ha ido el zorro?

Una pampa barrida, limpia. Sin nada. Un solo árbol con ramas tupidas está justo en medio de esa pampa. Ya cansados de lo que buscamos, nos estábamos yendo. Pero, al final, Mishocka, un perrito petiso, chico, yendo al pie de ese árbol, viendo hacia arriba, comenzó a ladrar. Cuando observamos, subiendo allá arriba estaba el zorro, mirándonos calladito desde lo alto.

Hermenegildo Bazán dice:

—Tengo la escopeta. Puedo voltearlo de un balazo.

—¡Espera! —le dijimos nosotros los amigos—. No ha de ser bueno hacer eso.

Era muy desigual, desleal el juego.

—Nosotros somos varios y tenemos diez perros y la escopeta, y el zorro está solito, sin nada. Tenemos que tener honor.

Y diciendo así, retiramos a los perros y nos fuimos dejándolo al zorro allí donde subiendo se había escondido.

Doña Isidrapa atashpan

| La gallina de doña Isidra

Vitu Barraza



Cuentaj riyquichis sucedesckanta chacka Quebrachituspi, sachan ucunpi Santiagupi.

Doña Isidra atashpata wañuchis, suj sopata ruasa cara amca amchiwan; astaampas, tortillata, cha sopawan mikunanpaj. Paycka suj peoncituta apej casa cara. Sutencka Serapio Pegonza casa cara.

Chaupi punchau, rajpi, chayaptin Serapio... Ancha cusicus, yarckas, chayasa cara —chunchullin ruidulla—, na cabrasninta voliachicus.

Nataj, payta llallis huamajta, ricurisa cara ckonckayllamantá mana ni willakus Eraclio Contreras —suj ckari ancha atiynioj cha pagusmanta—. Sulky mosojninmanta uraykus, ckemicusa cara. Chayna rimajina, nipusa cara:

—¡¡¡Doña Isidra!!!

—¡Eraclio! Atashpata yanushcani. ¿Cutejchu rinqui?

—¡Ajchu mana!

—Chaypachá, mesaman ckemicuy.

Les voy a contar lo que ha sucedido allá en Quebrachitos, monte adentro en Santiago.

Doña Isidra, matando una gallina, había hecho una sopa con maíz molido tostado, y también tortilla, para comer con la sopa. Ella había sabido tener un peoncito y su nombre había sido Serapio Pogonza.

Más o menos cercano al mediodía fue cuando llegó Serapio... Muy contento y con hambre había llegado, con las tripas que le hacían ruido, ya regresando con sus cabras...

De repente, un poco antes, de sopetón, sin previo aviso, había llegado Eraclio Contreras —un hombre con mucho poder de esos pagos—. Bajándose de su flamante sulki, se había acercado. Y así como quien conversa:

—¡Doña Isidra! —le había dicho.

—¡Eraclio! Estoy cocinando gallina, ¿te vas a quedar?

—¡Cómo no!

—Entonces acércate a la mesa.

Hm... Ckaaptencka Doña Isadra apamusckanta suj puku umayasckata atashpamanta presas atuchajta, cusicusa cara. Allit mikus, na unta, Eraclio Contreras anchusa cara wasinman.

Chaymantá, chaypi, paycka, Doña Isidracka, chayraj mancanta ckaascka, yakulla cutishcasckanta, y ucunllapi nin: "Pogoncitapajcka ni suj presitata mana cutipun; ¡yaquitulla!".

Y chayllapi, suyashcajta Pogonzata, huajean mickunanpaj. Huamajta tortillat churapun; chaymantá, Doña Isidra puku untata yaquitumanta apamun; na mikus puchucaptin, tapun:

—¿Astawan munanqui?

—¡Ari, ari! —nin Pogonzacka. Cunancka nin ukullanpi, maquisnin ckackonacus: "Puchero atun amoj rin".

Y cutis calditulla amupun.

Na untascka illillamanta y tortillamanta, Isidrata huajean.
Tapun nis:

—Isidra: mancayquipecka, inacuan, atashpa yaycus, armakus, llojsisckanta, asnasckallata sackes.

—Ari. Allim Pogoncita. ¿Yarcayan cutinqui? Chackaypi apini suj pichi huarcusckata... munaptiyqué, jaja.

Hm... Cuando él ve traer a doña Isidra un plato rebalsado con presas grandes de la gallina, se pone contento. Con la panza llena, después de comer bien, Eraclio Contreras se va a su casa.

Luego, ahí recién ella ve su olla, a la que solo caldito le está quedando, y en su interior dice: "Hum... para Pogoncita ni una presita le queda, ¡solo caldito!".

Y así nomás lo llama a Pogonza, que esperaba para comer. Primero le pone tortilla; después doña Isidra le trae un plato lleno de caldo. Cuando ya termina de comer, le pregunta:

—¿Quieres más?

—¡Sí! —dice Pogonza. Y ahora dice para sí mismo, frotándose las manos: "Puchero grande va a venir ahora".

Y otra vez caldito nomás le viene.

Ya lleno, satisfecho de solo caldo y tortilla, llama a doña Isidra y le pregunta diciendo:

—Isidra, me parece que en tu olla entró una gallina, se bañó y salió dejando solo el olor, ja ja.

—Sí. Bien Pogoncita. Allá tengo un armadillo colgado... por si lo quieres, ja.

Moto Ckoshckelu

| El moto platudo

Vitu Barraza



Yuyachisoj riyquish ashckoymanta. Ashcko unanchaj chainatacka, mana ckaaj carani tucuy causayniypi.

Payay sutichera "Moto Ckoshckelu" churapus. Tuponcka carataj, a, chaupi ashcko: mana atun ni utulapas. Uyancka ushpa muru yurajan; ñawisnencka, packos. Utulitallamanta, ancha sinchi caj cara, maquisnin atuchaj, y pujllalu. Ancha unanchaj ckaas casckanta, yayausniy ckallareranku utulawan yachachiyta, micuchejina. Nipoj caranku:

—¡Tiakus suyay!

Y chaina ruaj cara.

Chaymanta, suj tulluan, tucuy siminan caniyta munaj cara.

—Mana, Mana, mana, ¡Chayna mana caninayqui tian! Sujlla quirituan —nipoj caranku, caninankama sujlla quiruan.

Y yuyani cha tutas sumajkunaspi, cazachej ritiycocka: pay ñaucke ashcko caj cara.

Suj punchau, mana aterayku suj atashpa ariscata apiyta. Payta ¡pucha! Cacharayku, Moto Ckoshcheluta. Ratunpi ckaarayku, cuncanmanta apis pusamora, ¡mana ni nanachis, jaja!

Les haré recordar de mi perro. Perro entendido como ese no he visto en toda mi vida.

Mi abuela le dio el nombre, poniéndole "Moto Ckoshckelu". Su tamaño habrá sido mediano. No era grande ni tampoco chico. Su cara era de color ceniza con blanco; sus ojos, marrones. Desde chiquito nomás solía ser muy fuerte, de manos grandes y juguetón. Viendo que era muy entendido, mis tíos comenzaron de a poco a enseñarle mientras le daban la comida. Le decían:

—¡Siéntate y espera!

Y así lo hacía.

Después ya con un hueso, con toda la boca quería morder.

—No, no, no! ¡Así no tienes que morder! Con un solo dientecito —le decían, hasta que mordiera con un solo diente.

Y recuerdo en esas noches hermosas, si íbamos a hacer cazar: él era el perro puntero o líder.

Un día, no podíamos atrapar una gallina arisca. ¡Pucha!, a él lo mandamos, al Moto Platudo. Al rato lo veíamos que, agarrando del cogote, la traía, ¡y sin lastimarla!

Moto Ckoshckelu, ashko sonckon atun y allipas, na atunpi, pay sapallan rej cara challuaj Mishki Mayuman. Sacha ucunta, rís, amoj cara, mana ni ñaniojta. ¡Mana ni pipas yachachera chaytacka! Natajcka, yarckay ima tanckaj cara causananpaj...

Suj ckorilus atuchajkuna llallej kananku Mayu yacu chuyapi. Rikuris llallej caranku, y paycka chaypi arcacoj cara apicus, osos inanku chaina, pinkina mayuspi. Chaymanta, allít untacus amiscka, suj challua atunta simimimpi churas, wasiman amoj cara. Sujkuna ashcketuscka, ina utulas, suyaj caranku challuata. Pay, chayas, mutquichicoj cara, ina mana ckockus, challua siminllapi. Chayna suyachicus, muyupucus allí ratuta, chayraj ckockoj cara wauckesninta.

Nocka ckaarani, utula cas.

Chaymanta, suj punchau, pichus wasiymanta, suj washcka sumajta ruapora. Monedas unaymanta ckosckemanta caj caranku, y cuncanpi apaj cara, canchachis. Chayrayku tukuy vecinus rajsej caranku Moto Ckoshckeluynata...

¡Imaynataj sumaj ascko!

El Moto Platudo, un perro de gran corazón y también bondadoso, ya de grande, solía ir solo a pescar al río Dulce. Yendo por medio de esa selva sin camino, solía volver. ¡Nadie le enseñó eso! Tal vez el hambre, quizá, lo sabría empujar para sobrevivir...

Unos dorados grandotes, por el río de agua cristalina, visibles, sabían pasar, y él ahí los atajaba, agarrándolos como hacen los osos en los saltos de ríos. Después, bien lleno, satisfecho, ponía un pescado grande en su boca y venía a la casa. Los otros perritos todavía pequeños solían esperarlo. Él, al llegar, les hacía oler, olfatear el pez, pero aún no les daba. Al pez lo mantenía en su boca. Así haciéndoles esperar un buen rato y dando rodeos, les daba a sus hermanos.

Yo lo he visto siendo niño.

Después, un día, no sé quién de casa le hizo un collar hermoso con monedas de plata antigua, que eran de uso normal en ese tiempo, y llevaba en su cogote relumbrando, por eso todos lo conocían en la vecindad como el Moto Platudo.

¡Qué perro lindo!

DARÍO JUÁREZ
guaraní avañe'ẽ

Amóngotyo

| Del otro lado

Darío Juárez



San Isidro-pe oî peteî tenda ojeheróva "jupiguejyha jatyta", ha'e peteî yvy ojeguejyha orekóva jupiguejyha ojere ohóvo. Kapi'i porâ oî, avei yvyra ha yvotykuéra guyrakuéra ohohápe opytu'u haĝua.

Peteî jey Yrupe ha Chanti omoirû isy ha itiápe yvyra kuarahy'âme okay'umimi haĝua.

Mitânguéra oha'â *ping pong*, Yrupe ojapi pe *pelota*'íre ha osê hatâiterei opyta ñanandýre. Mitânguéra oho oheka, oñepyrû oipe'a yvyrarakâ ha yvyrarogue ysypógui ojáva ógare ohechakuaa peve oîha peteî okê'i orekóva avei pyhyha.

Umi joyke'y omaña jurujáipe. Yrupe, iñakâkatâvéva ijapytepekuéra, oipe'ase pe okê'i ha ndikatúi. Oñeha'â heta, katu pe okê ndojeipe'aséi.

—Eheja katu chéve —he'i Chanti ipy'arorývo.

Oipyhy pe pyhyháre, omoî ipy ógare ha oipyso hatâ hetyma oñepytyvô jave ipy rehe. Ha ndikatúi avei.

Peteî ĝuaimi ohecháva mba'épa ojehu oñemboja hesekuéra ha oporandu:

En San Isidro existe un lugar al que llaman “Escalera Caracol”. Es una bajada con una escalera que va haciendo zigzag. Allí hay lindos pastizales, árboles y flores donde los pájaros van a descansar.

Cierto día, Irupé y Chanti acompañaban a su madre y a su tía a tomar unos mates a la sombra de un viejo árbol.

Los niños jugaban con unas raquetas de pimpón y una pelotita. Uno de los golpes de Irupé hizo que la pelotita saliera disparada hasta incrustarse entre unos arbustos. Los niños salieron corriendo a buscarla; empezaron a sacar ramas y hojas de una enredadera que estaba aferrada a la pared, hasta que de a poco descubrieron una pequeña puertita, de no más de cincuenta centímetros, de la que sobresalía una pequeña manija.

Los hermanos miraron asombrados, e Irupé, la más intrépida de los dos, no dudó en tratar de abrir la puertita; pero no tuvo éxito. Tiró una y otra vez con todas sus fuerzas, pero la puerta no se abría.

—Déjame a mí —dijo Chanti muy seguro de sus fuerzas.

Agarró la pequeña manija, apoyó un pie en la pared y la jaló haciendo fuerza con su pie de apoyo, pero tampoco tuvo éxito.

Una anciana que veía la escena se acercó y preguntó:

—¿Mba'épa pejapose?

—Roikuaase mba'épa oî amóngotyo —he'i Yrype.

—Okê mboypýri oî tapichakuéra herûguáva, ha'ekuéra ndaha'eite peêichagua, katuete peê pedisparáta pehechárô chupekuéra, ivaieterei hikuái. Peñemomombyrýke upégui.

—¿Mba'épa ojehu ápe? —he'i mitânguéra sy oñembojávo ohecha jave pe ĝuaimi oñomongeta Yrupe ha Chanti ndive.

—Mba'eve —he'i hikuái ha oñemomombyry pya'e upégui.

Ára uperiregua mbo'ehaópe, Yrupe ha Chanti ojapo peteî *plan* oipe'a haĝua pe okê. Ogueraha poryru ha peteî sâ, oha'ârô hikuái taipu *timbre* tosê haĝua ha pya'épe ojupi hikuái *bicicleta*-kuérape ha oho jupiguejyha jatytápe.

Oguenohê umi poryru orekóva hikuái ivokópe, oñemonde hikuái umi poryru ha oñepyrû oipe'a umi yvyrarogue omo'âva okê'i. Oñapytî pe sâ pyhyháre ha oñepyrû omyatâ mokôive.

—¡Aaaaaa!... nembaretevékena, Chanti. —he'i Yrupe.

—¡Ha upéango ajapo'aína! —ombohovái Chanti, oñeha'âmbaite aja.

Upeichahágui umi mitâ ikane'ô ha ho'a yvýpe, pe okê noñemongu'éi moôve ha ipu'aka hesekuéra. Yrupe, ikane'ôvo, oipyhy itakuéra ha ojapi okêre ha Chanti omaña hese ha oñepyrû avei ojapi okêre. Peichahágui pe okê'i oñepyrû ojeipe'a.

—¡Niños! ¿Qué están tratando de hacer?

—Queremos saber qué hay del otro lado —dijo Irupé.

—Del otro lado de esa puertita hay seres muy extraños, seres tan diferentes a ustedes, que de seguro correrán al verlos, de tan horribles que son. Mejor aléjense de esa puerta.

—¿Qué pasa acá? —dijo la madre de los chicos, que se acercó al ver a la anciana hablando con Irupé y Chanti.

—Nada, nada —dijeron los chicos, y se alejaron rápidamente.

Al día siguiente, en la escuela, Irupé y Chanti tramaron un plan para abrir la puerta. Llevaron guantes y una soga; esperaron a que el timbre de salida sonara, y rápidamente montaron sus bicicletas y se dirigieron a la escalera caracol.

Sacaron los guantes que tenían en el bolsillo de sus guardapolvos, se los pusieron y comenzaron a sacar las hojas que cubrían la puertita. Ataron la soga a la manija, y entre los dos comenzaron a tirar.

—¡Aaaaaaah!... ¡Con más fuerza, Chanti! —dijo Irupé.

—¡Lo estoy haciendo! —respondió Chanti, mientras apretaba los dientes haciendo su mayor esfuerzo.

Y de pronto, ¡pum!, los hermanos cayeron al suelo vencidos por la pequeña puerta que no se movió ni un poquito. Irupé, cansada, agarró unas piedritas y empezó a tirarlas a la puerta, Chanti la miró y comenzó a hacer lo mismo, cuando, de repente, la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Pya'eterei mokôi mitâ oñembo'y, ojopopyhy ha omaña okêre.

Okê rupi osê mokôi tapicha ipire pytârovýva ha ijao hûva. Peteî iñakârague apopê ha pytâ ha ambue iñakârague pytâ avei katu ijapesýiva ha ohupyty yvy. Hesa pytâ guasuete hikuái ha hâi mokôi osê ijurúgui, mokôive iporyru, isâ ha i*linterna* ohesapéva hikuái Yrupe ha Chantípe.

Peteî tapicha'i osapukái iñe'êpo'i reheve:

—¡Jaha katu, pe lekaja añetete he'i ra'e, amóngotyo oî tapichakuéra ivaietereíva! ¡Aaaaaaaa!

Ha upéicha, Yrupe ha Chanti omaña vove jurujáipe, mokôi tapicha'i oike pya'e ha omboty hikuái okê'i.

Traducción: Verónica Gómez

Rápido, los hermanos se pusieron de pie, se agarraron fuerte de la mano, sin despegar la mirada de la puerta.

Del otro lado salieron dos seres de piel color violeta, vestidos con guardapolvos negros. Uno tenía el pelo rojo con forma de resortes, y el otro, del mismo color, pero en forma de fideos que caían hasta el suelo. Tenían enormes ojos de color rojo y dos dientes que sobresalían de sus bocas. Ambos tenían guantes, sogas y unas linternas con las que apuntaban a Irupé y a Chanti.

Uno de los seres, con voz estridente, gritó:

—¡Vámonos, el anciano tenía razón! ¡De este lado de la puerta hay seres horribles! ¡Aaaaaaaah.....!

Y así, ante la mirada desconcertada de Irupé y Chanti, los dos seres entraron corriendo y de un golpe cerraron de nuevo la pequeña puertita.

Chíru

Darío Juárez

San Fernando-pe oiko peteî karai ojeheróva chupe "Misiones-gua", añetahápe avave ndoikuaái heratee. Ha'e noñe'êguasúi mavavéndi ha oñemomaiteíramo chupe opoko iñankângaóre ha omomýinte iñakâ.

Oho jave hóga gotyo, Misiones-gua ome'ê ohóvo *pan* térâ chipa kueríto, térâ orekóvante ivokópe umi jaguápe oikóva tape rupi, omokunu'û chupekuéra ha avei oñembosarái hendiekuéra.

Peteî ára *viernes* Misiones-gua ojevými itavapýpe pyharepytépe. Avave ndaipóri tape rupi, tatatînte ipohyivéva pytûme ha isatîvéva oîháme tesape. Katu oî mba'e ohesapevéva, upéa ha'e jasy guasu okañýva arai pa'ûme.

Misiones-gua oĝuahê pya'ese hógape ha upearâ omombyky hape *Boulevard Jacobe* rupi, peteî okavusu tuichaite pindo iñanambusukuéra oîháme.

Ohasa jave okavusu rupi ohendu mombyrýgui peteî tyapu, ojogua peteî mymba pytuhê ha ojogua avei peteî kororôme. Oguatánte ha'e oma'êvo ha ojapysakaporâvo opa mba'ére ohetû vove hyakuâvaíva.

El Chiru

Darío Juárez

En San Fernando vive un señor al que llaman “el Misionero”, porque en realidad nadie sabe su nombre. No suele hablar con nadie y, cuando la gente lo saluda, solo toca el borde de su sombrero y asiente con la cabeza.

Cuando el Misionero va camino a su casa, va dando pedacitos de pan o de torta frita o de lo que tenga en su bolso a los perros de la calle. Cada tanto, les hace una caricia en la cabeza y más de una vez se lo ha visto jugando con ellos.

Cierto día, un viernes para ser más exactos, el Misionero volvió por la madrugada a su barrio. No había nadie en las calles, solo una niebla que se hacía más densa en las partes oscuras y se difuminaba bajo las luminarias. Pero una luz se veía más intensa que el resto: era una enorme luna llena escondida entre las nubes.

El Misionero quería llegar rápido a su casa, por lo que decidió cortar camino por el bulevar Jacobe, una plaza de unas tres cuadras de largo en la que hay unos anchos árboles de palma.

Mientras cruzaba la plaza, escuchó a lo lejos un sonido extraño, como si un animal respirara y gruñera al mismo tiempo. Con mucho sigilo, muy alerta, continuó su caminata, mientras un olor nauseabundo se mezclaba con la niebla.

Upeichahágui opyta ha ohecha peteî mba'e mombyry oúva hese, ojogua peteî jaguápe katu ituichave ha ijyvateve. Opytaite kyhyjégui ohechávo pe mymba tuichaiterei oúva kororôháme. Oimévo hovaietépe ikupégui osê peteî jagua'i ha opo pe mymba guasu ári, ha mokôive oñepyrû oñorâirô. Upérô Misiones-gua oipyhy itakuéra ha ojapi mymba guasúpe, tuichaiterei okororôva ha osê odispara okaguasúgui.

Pe karai ojeheróva chupe Misiones-gua, pya'eterei oho upégui ha ndopytái moôvépe oipe'a peve hóga rokê, omboty pya'e porâ ha avei omoñeno apyka hokêre ani haĝua oike avave.

Ojepy'amongetávo upe mba'e ojehúvare ku karai imandu'a peteî mombe'upýre oñemombe'úva itávape, pe "Luisô" mombe'upy. Peteî mymba ha'éva mymba ha yvypóra, ha'e ndaje membykuimba'e poteîha pyhare oî jave jasy renyhê iñambue peteî mymba ñañáme, tapichakuérape omongyhyjese ha oñorâirôse ha ho'u so'o ha'óva ha upévare hyakuâvaiete.

—¿Añetépa ra'e upe mombe'upy? —Oñeporandu.

Misiones-gua opyta oke'ŷre opa pyhare pukukue ohecha peve hovetâ rupive iko'êmaha, upéramo opu'â ha oho ohechahaguépe upe mymba. Oĝuahêvo ojuhu peteî jagua'i hû oryrýiva kyhyjégui ha pya'e oikuaa mávapa ha'e. Pe jagua'ípe ha'e omongarúmi ou jave imba'apohágui. Oñemboja hese omokunu'û haĝua katu pe jagua'i oryrýi mante, oguenohê peteî pan vore ha jagua'i ndo'uséi.

De repente, se detuvo y vio algo a lo lejos que se dirigía hacia él. Parecía un perro, pero mucho más robusto y alto. Se quedó helado por el miedo al ver semejante animal que avanzaba gruñendo. Cuando lo tuvo muy cerca, casi frente a frente, un pequeño perro vino de atrás, se cruzó entre ambos, y saltó sobre la extraña bestia. Ambos animales comenzaron a pelear. En ese instante, el Misionero tomó algunas piedras y comenzó a lanzarlas sobre el enorme animal, que emitió un fuerte rugido y salió huyendo de la plaza.

El Misionero también se alejó velozmente hacia su casa sin mirar atrás, y no detuvo su carrera hasta que pudo abrir la puerta de su casa. La cerró de un golpe, le puso las trabas, y hasta una silla que tenía la recostó para que no se pudiera abrir.

Mientras pensaba en lo ocurrido, el hombre recordó una leyenda que se contaba en su pueblo: la leyenda del lobizón. Un animal que es mitad hombre y mitad bestia; un séptimo hijo varón que fue maldecido y que, en las noches de luna llena, se convierte en un salvaje animal. El lobizón suele atacar a desprevenidos y se alimenta de carroña; por eso despide un olor muy desagradable.

"¿Será verdad aquella leyenda?", se preguntaba.

El Misionero se quedó despierto toda la noche, hasta que, desde su ventana, vio que empezaba a amanecer, y decidió volver al lugar donde se cruzó con aquella bestia. Al llegar se encontró con un pequeño perrito de color negro temblando de miedo. Lo reconoció enseguida: era uno de esos perros a los que él daba de comer cuando venía del trabajo. Se acercó para acariciarlo, pero el perrito no dejaba de temblar. Sacó un pedazo de pan, pero el pequeño no quería comer.

Misiones-gua imandu'a jey upe mombe'upy he'ívare: peteî yvypóra ombohovakéramo Luisôre kóva noñorâirôsevéima hendive, katu jagua ombohovakéramo Luisôre ko jagua opyta manterei okyhyjévo itarova peve.

—¿Añetépa ra'e upe mombe'upy? —oñeporandu jey.

Misiones-gua oho jey hógape ha imandu'a imitârô ha oikorôguare ka'aguýre ojehuhague peteî mba'e koichagua, imandu'a ijarýire oipohânôvo jaguápe ojehúva ojehuháicha jagua'i hûme ha ojapo ha'e ojapohaguéicha. Avati yguépe oikytî ha ojapo mbo'y ojapohaguéicha ijarýi ha oho oîháme jagua ha omoî chupe ha oheja upépe.

Arakuéra ohasa ha peteî ka'aru ou jave imba'apohágui Misiones-gua, jepiguáicha, ome'ê jaguakuérape *pan* ha omokunu'û chupekuéra ha upeichahágui ohecha ijapytepekuéra jagua'i hûme. Upépe ojokuaa hikuái, ohupi ijyváre, ohavi'u ha he'i chupe:

—¡Aguyje che irû, aguyje!

Ome'ê rire chupe chipa kueríto oho jey hapére ha uperiremínte ohechakuaa pe jagua'i hapykuériha ha oheja chupe tomoirû hóga peve, ha oipe'a chupe hokê ha pe mymba'i torýpe oike.

Misiones-gua ha jagua'i oñomoirû.

El Misionero volvió a recordar aquella leyenda, que decía que cuando una persona enfrenta a un lobizón, este no lo vuelve a atacar nunca más, pero si es un perro el que lo hace, queda en ese estado de miedo intenso hasta el punto de volverse totalmente loco.

"¿Será verdad la leyenda?", se preguntó una vez más.

El Misionero volvió a su casa y recordó una situación parecida que había sucedido cuando era niño y vivía en el monte. Recordó a su abuela curando a un perro que había corrido la misma suerte, y decidió realizar el mismo procedimiento. Consiguió una mazorca de maíz desgranado, la cortó en rodajas y construyó un collar, igual que como había hecho su abuela, y fue hasta donde yacía el pequeño perro; le colocó el collar y lo dejó ahí.

Los días pasaron. Una tarde, mientras volvía de su trabajo, el Misionero cumplía con su ritual de darle pedazos de pan y acariciar a los perros con los que se cruzaba. Entre ellos vio al pequeño perrito negro. Se reconocieron al instante. Lo levantó en sus brazos y le acarició la cabeza mientras le decía:

—¡Gracias amigo, gracias!

Después de darle algunos pedazos más de torta frita, siguió su camino y, al cabo de unas cuadras, notó que el perrito lo seguía; así que dejó que lo acompañara hasta su casa, le abrió la puerta y el animalito entró muy contento.

El Misionero y el perrito se habían adoptado mutuamente.

Ombohéra chupe “che irû”, katu ohasakuévo ára héra oñemoambue Chíru. Sapy‘apy‘a ojehecha chupekuéra oguatávo San Fernando rape rupi ha oñembojáramo hesekuéra jagua guasu Chíru okororô ohechaukávo hâi. Ha’e imichî katu ndokyhyjéi mba’evére ha avavére.

Traducción: Verónica Gómez

Le puso de nombre *Che Irú* que en idioma guaraní significa mi compañero, aunque con el tiempo su nombre mutó, simplemente, a el Chiru. Cada tanto se los ve paseando por las calles de San Fernando y, cada vez que un perro grande se acerca, el Chiru gruñe mostrando sus dientes. Es pequeño, pero no le tiene miedo a nada ni a nadie.

Ysyry jára

| El *jara* del río

Darío Juárez



Voiete guive Lautáro oñembosako'i oho haĝua oipirakutu, araka'eve ha'e ndohói ra'e ha ko'áĝa ramo oipirakutukuaáta. Ho'úvo chipa kueríto kamby *chocolate* reheve oha'ãrõ itiópe. Itaita ha ijarýi opuka omañávo pe mitâ'íre ndikatúi haguére oke opa pyharekue oúvo iñakâme umi pira guasu ha'e onohêtava gua'u ýgui.

Opa mba'e Lautaro oguerekóma: ivoko, iñakãnga'o ha hesairû kuarahy peguarã, *soldado*'ícha oha'ârô hóga rokême, itava'ípe hérava Karupa.

Mombyrýgui ohecha oguahêvo itio ha Lautárope ejehesape hova vy'águi.

—¿Reimémapa, Lauti? Térâpa jaháta ambue ára —he'i itio ombojarúvo.

—¡Nde jukyetépa! —he'i Lautáro oguatávo *San Fernando* yrembe'y gotyo.

Peteî pyhareve hakúpe, *febrero*-pe, oguahê hikuái upépe. Mombyry guive ohecha hikuái ygakuéra ou ha ohóvo, sape'ánte avei oñehendu *moto de agua* kuéra opararâva, ombopochýva mitâme oipirakutu jave.

—¡Ich! Tyapusarambi hatâiterei omondyipa pirakuérape. —ipochy Lautáro.

Lautaro se preparaba desde muy temprano para su primer día de pesca. Entre tortas fritas y chocolatada, esperaba la llegada de su tío. Sus abuelos miraban sonrientes al pequeño, que no había podido dormir en toda la noche, imaginando esos enormes peces que sacaría con su cañita de pescar.

Lautaro ya lo tenía todo preparado: mochila, gorrito y anteojos de sol. Como un pequeño soldadito hacía guardia en la puerta de su casa del barrio de Carupá.

A lo lejos lo vio llegar y a Lautaro se le iluminó la cara de alegría.

—¿Estás listo, Lauty? O si no lo dejamos para otro día —dijo el tío en tono bromista.

—¡Muy chistoso! —dijo Lautaro, mientras se adelantaba rumbo a la costanera de San Fernando.

En una calurosa mañana de febrero, tío y sobrino llegaban al lugar. Desde lejos veían las lanchas y veleros cruzarse a cada rato y, en ocasiones, unas ruidosas motos de agua, que harían protestar más de una vez al muchacho durante la pesca.

—¡Pero che! Con tanto ruido me espantan los peces —reclamaba Lautaro.

Ára ohasahasáma ha Lautáro ohechánte imba'e apu'ami oñemyatymói ysyry ñemŷime, ombotuichávo chupe iñembyaju.

—¡Mba'eichaitépiko oiporosu'u ko'â ñati'û! ¿ajépa, Láuti? —oporandu itio ohechávo Lautáro rova.

—Heê, ñati'û oiporosu'u katu pira kuéra ndoisu'úi mba'eve —he'i mitâ'i ipochývo.

Lautáro ykére peteî mitâkuña'i i*sombrero* kapi'íva onohê ipirakutuha, hesapirî sapy'aite, oity imba'e apu'ami *cinco metro* yremby'ýgui ha omoî ipo isyvápe oma'ê porâ haĝua. Upeaja Lautáro ojesareko porâ hese.

Ndahi'areguasúi ha Lautáro ohechami jurujáipe mba'éichapa pe mitâkuña opo sapy'a, imba'e apu'ami oike ýpe ha upépente oñepyrû sarambi. Mitâkuña'i omoî peteî ipy *baranda*-pe ha, Lautaro ohecharamovévo ha oma'ê porâvo oikóva upépe, mitâkuña'i hasy peve oipe'a pira peteî ýgui ha upe pira ohasa iñakânguéra ári ha ho'ávo yvýpe pe kuña'i oipyhy ha omoî peteî yryrúpe oguerekóva ijykére.

Diez minutos rire oiko jey upeichaite, pe mitâkuña oipyhy ambue pira ha omoinge jey yryrúpe.

Lautáro ndoikuaái mba'épa oiko, oñemboja ha oporandu mitâkuñáme:

Pasaban y pasaban los minutos y Lautaro solo veía cómo su pequeña boya azul se hamacaba con las olas del río, aumentando a cada instante un evidente fastidio.

—¡Cómo pican los mosquitos! ¿No, Lauty? —preguntó el tío al ver la cara de Lautaro.

—Sí, es lo único que pica, porque de peces, nada —dijo muy molesto el niño.

Al lado de Lautaro, una niña con un sombrerito de paja sacó su caña de pescar, hizo una pequeña pausa con los ojos cerrados, lanzó su boya a unos cinco metros de la costa y puso su mano como si fuera una visera controlando desde donde estaba que todo estuviera en orden, mientras Lautaro la miraba con mucha atención.

Pasaron unos pocos minutos y Lautaro vio con asombro cómo la niña daba un salto, porque su boya se había hundido de repente. De inmediato habían empezado los tironeos. Ella apoyó uno de sus pies en el caño de la baranda de la costa y, para mayor sorpresa de Lautaro, que no sacaba los ojos de la escena, la pequeña pescadora logró levantar del agua una boga, que cruzó sobre sus cabezas y, apenas esta tocó el suelo, la tomó con las dos manos y lo introdujo en un tachito con agua que tenía a su lado.

Pasaron unos diez minutos y la escena se volvió a repetir: otro pez que terminaba en manos de la muchacha y, de allí, al tachito con agua.

Lautaro estaba totalmente desconcertado. Se acercó a la niña y le preguntó:

—¿Mba'éicharupipa aipirakutu nde ykére ha ndaikatúi anohê mba'eve gueteri ha nde mokôi renohêma?

Mitâkuña'i omaña hese ha nde'íri mba'evete.

—Che cheréra Lautáro —he'i opukávo ha otîmimívo ohechakuaa jave nde'íri hague héra.

—Che cheréra Arami —he'i mitâkuña'i omoî porâvo isombrero piri. Okirîrî'imi ha oporandu:

—¿Reporandúmapa ysyry járape ikatúpa reipirakutu?

—¿Ysyry járapa? —oporandu Lautáro.

—Heê, ysyry járape —he'i jey mitâkuña Lautáro okarâi jave iñakâ ha oñeha'âvo oikuaa porâve haĝua.

—¿Ha mávapa upéa? —oporandu Lautáro omañávo ijerére.

—Che jarýi omombe'u'akue chéve opa mba'e arapýpe oguerekoha ijára —he'i Arami—. Y, yvyrakuéra, yvyty ha mba'e oguereko oñangarekóva hesekuéra, ha ysyry avei oguereko.

—Upéicharô ¿aipe'aséramo pira ysyrýgui ajerureva'erâpa ijárape? —oporandu Lautáro.

—¡Upeichaite! —ombohovái mitâkuña oipyhývo hi'yryru oho haĝua.

—¿Cómo puede ser que estoy pescando al lado tuyo y no saqué nada aún, mientras que vos ya vas por el segundo?

La pequeña lo miró pero no respondió nada.

—Por cierto, me llamo Lautaro —dijo sonriendo y ruborizado, porque se dio cuenta de que ni siquiera se había presentado.

—Me llamo Arami —dijo la niña mientras se acomodaba su sombrerito de paja. Hizo una pausa y preguntó:

—¿Le pediste permiso al *jara* del río antes de pescar?

—¿El *jara* del río? —preguntó muy extrañado Lautaro.

—Si, al *jara* del río —volvió a insistir la niña, mientras Lautaro se rascaba la cabeza tratando de entender.

—¿Y eso o ese quién es? —preguntó Lautaro mirando a su alrededor.

—Mi abuela me contó una vez que todas las cosas de la naturaleza tienen su *jara* —explica Arami—. El agua, los árboles, las montañas tienen alguien que los cuide, como un protector, y el agua del río también lo tiene.

—¿O sea que si quiero sacar peces le tengo que pedir permiso al *jara* del río? —preguntó Lautaro.

—¡Exacto! —respondió la niña mientras tomaba del mango su tachito con agua y se disponía a marcharse.

—Iporâ —he'i Lautáro ombosako'i aja itakuara'i oipirakutu haĝua.

—¡Ko'áĝa ajeruréta ysyry járape ha anohêta pira hetaiterei rasa!

—¡Nahániri! —Osapukái Arami ojevývo, ha he'i—: ndaha'éi upéicha, rejeruréramo chupe reguerahava'erâ reikotevêva, ndaha'éirô upéicha ysyry jára ipochýta.

—¡Heê! Oî porâ —he'i Lautaro otînungávo—, ko'áĝa aikuaáma. Aguyje, Arami.

—Mba'evére —he'i mitâkuña ha pya'épe ojupi itakuéra rupi ha oho.

Lautáro ipytuhê puku, osapymi ha mbeguemi, ani haĝua avave ohendu, ojerure ysyry járape tomonei chupe.

Uperiremínte upe mba'eapu'a hovy oñapymi ýpe, Lautáro oñeha'âmbaite ha upéicha oguenohê ipira peteîha. Pe mitâ'i opo vy'águi osapukái aja itiópe:

—¡Ema'êmína, tio! —tarováicha osapukái— ¡Aguenohêma peteî! ¡Ehechamína! ¡Enohêmína *foto*!

—Néi, epytamínte upéicharô —he'i chupe itio, Lautáro opopo rehe omoingerôguaicha peteî gol itava'i kánchape.

Uperire Lautáro onohê pira mokôiha, ha upéi mbohapyha. Ovy'aiterei ningo upe mitâ ojapo haguére upe mba'eguasuetéva.

—¡Muy bien! —dijo Lautaro mientras preparaba su cañita de pescar. ¡Ahora le voy a pedir permiso al *jara* del río y voy a sacar miles de peces!

—¡No! —exclamó Arami, mientras volvía sobre sus pasos, y agregó: —Así no es. Si le pedís permiso, es porque solo vas a llevar lo que necesitás; o, si no, el *jara* del río se va a enojar.

—¡Uy! Está bien —dijo Lautaro apenado—. Ya entendí. Gracias Arami.

—De nada —dijo la niña y rápidamente se subió al escalón de piedras que separa la costanera y se marchó.

Lautaro respiró profundamente, cerró los ojos y en voz baja, para que nadie lo escuchara, le pidió permiso al *jara* del río.

Después de unos minutos, la pequeña boya azul se hundió, Lautaro tiró con todas sus fuerzas y sacó su primer pez. El muchacho saltaba de alegría, mientras le gritaba a su tío:

—¡Mirá tío! —gritaba como loco— ¡Ya saqué uno! ¡Mirá! ¡Sacame una foto!

—Bueno, pero quedate quieto —le dijo el tío, porque Lautaro daba brincos de alegría como si hubiera metido un gol en la canchita del barrio.

Al poco tiempo, Lautaro sacó un segundo pez, y a ese le siguió un tercero. El muchacho no daba más de alegría ante semejante hazaña conseguida.

—Néi Láuti, jahava'erâma —he'i itio—. Ipahápe mbohapy pira anohê ¿ndépa mboy renohê?

—Che avei anohê mbohapy —he'i pe mitâ'i ipy'arorývo— katu, hi'â chéve iporâve jagueraháramo irundýnte, peteî ndéve guarâ, ambue chéve guarâ ha mokôi che jarýi ha che taitápe guarâ ha... umi ambuéva ñamombojeýta ysyrýpe.

—¿Añete piko ere? —oporandu itio jurujáipe.

—Añete ha'e. Ani haĝua Ysyry Jára ipochy.

—¿Mávarepa reñe'ê? —oporandu itio oikuaave'ŷvo mba'épa he'i mitâ'i.

—¿Ndereikuaái piko? Ysyry Jára ningo... jaha, tapére romombe'uporâta ndéve.

Traducción: Verónica Gómez

—Bueno, Lauty, ya nos tenemos que ir —dijo el tío—. Al final saqué tres peces, ¿y vos, Lauty?

—Yo también saqué tres —dijo muy orgulloso el muchacho—. Pero ¿sabés qué, tío? Vamos a llevar solo cuatro, uno para vos, uno para mí y dos para los abuelos… Y a los otros dos los vamos a devolver al río.

—¿Estás seguro, Lauty? —pregunto extrañado el tío.

—Si tío. Mirá si se enoja el *jara* del río…

—¿El *ja*-quién del qué? —preguntó el tío más extrañado aun.

—¡Ay, tío! Vos sí que no sabés nada! ¡El *jara* del río! Vamos, que en el camino te cuento.

Kururu

Darío Juárez

Ysyry *Luján* rembe'ýpe oñombyatyra'e karia'y guarani kuéra omombichy haĝua avati. Upeichahágui mombyry guive ohecha hikuái kururúpe ohasávo itakuéra mbyte popohápe.

—¡Néi, Kururu! —osapukái karia'ykuéra— ¡Ápe, eju! Eñembojamíkena tatarendápe.

Kururu opyta, ojere, omoî hovápe pukavy guasuete ha oho karia'ykuéra renda gotyo. Oguahê jave upépe ombopetepete joa kururu apére ha oañuamba hikuái chupe.

—¡Ñamokômi Kururúre, omondava'ekue tata yryvukuéragui! —he'i karia'y peteî.

—¡Ñamokô katu! —ombohavái ambue karia'ykuéra.

—Aníke pemomba'eguasueterei upéva —he'i Kururu omokô aja. Ha'e otî'imi, katu ojejapomimi avei.

—Mba'éichapa noromomba'eguasumo'âi. Emombe'umína oréve mba'eichaitépa remonda ra'e tata yryvukuéragui.

—Oîma —he'i kururu, omokôjey ha py'aguapýpe oñepyrû omombe'u hembiasakue.

—Ehemm... ehemm —he'i omoî porâ haĝua ijahy'o.

El kururu

Darío Juárez

En las costas del río Luján, un grupo de jóvenes guaraníes estaba cocinando choclos a las brasas, cuando de pronto vieron a los lejos a Kururu, el sapo, que pasaba dando saltitos entre las piedras.

¡Eh, Kururu! —le gritaron los muchachos—. ¡Acá, vení! Acercate al fogón.

El sapo se detuvo, giró su cuerpo, dibujó en su rostro una enorme sonrisa, y se dirigió hasta donde estaban los muchachos, quienes apenas lo tuvieron cerca, le palmearon la espalda y lo abrazaron.

—¡Un brindis por Kururu, que les robó el fuego a los cuervos! —dijo uno de los muchachos.

—¡Salud! —respondieron todos.

—No es para tanto —dijo Kururu, mientras tomaba un trago. Aunque se ponía colorado, le gustaba hacerse el importante.

—¿Cómo que no, Kururu? Contanos cómo fue que les robaste el fuego a los cuervos.

—Está bien —dijo el sapo. Tomó otro trago y, muy a sus anchas, comenzó a relatar su historia:

—Ejem... ejem —dijo, afinando la garganta.

"Che chemandu'a oîhague kuimba'e peteîha oñeha'âva'ekue omonda haguâ tata ha oipyhyse aja okaipa ipo ha osê odispara —he'i Kururu omomýivo ipo ohechauka haguâ mba'éichapa okái ra'e upe kuimba'e.

"Upéi pykasúma omondase ra'e pe tata —he'ijey Kururu omboperere aja ijyva ipeporôguáicha— ha ndikatúi avei. ¡Hague ha hugái okaipa! Upévare ha'e itanimbupa ha hugái mbykymi opyta.

—¡Hahaha! —opukapa hikuái.

—Ha oimo'â jave hikuái ndaikatumo'âiha ojejapo upéva... —he'i hapichakuéra ohenduporâvape chupe, ombotuichávo hesa ha okirirîvo sapy'apy'a— ha upéicharôôô... añembotyryry ita ha kapi'i apytépe. Avave ndacherechái añembojávo tatarendápe. Amoî tatapŷi che jurúpe ha aha popohápe indakái ambuekuéraicha!

—Yryvukuéra ohechakuaa ramoguara, che mombyryeteeeeema aime.

—¡Heeeeê kururu! —osapukaipa karia'ykuéra.

—¡Ñamokômijeýna Kururu rehe!

—¡Ñamokô katu! —he'i joa hikuái

—¡Néi, Kururu! —he'i mitârusu peteî— oî gueteri tatapŷi, mba'érepa ndaorerehechaukái mba'eichaitépa rejapo upe mba'eguasuete.

—Ha mba'érepa ndahechaukamo'âi peême —he'i Kururu, ojejapoitereíva omombe'u rire hembiasakue.

“Recuerdo que primero lo intentó un muchacho y, cuando quiso agarrar el fuego, se quemó las manos y salió corriendo —dijo el sapo, haciendo ademanes como si se quemara.

“Después trató de robarlo la torcaza —continuó Kururu mientras hacía gestos de volar con los brazos—, pero tampoco pudo. ¡Se le quemaron las plumas y la cola! Por eso tienen plumas color ceniza y la cola así, cortita.

—Ja ja ja —rieron todos.

—Y cuando todos creían estar perdidos… —dijo Kururu abriendo grandes los ojos, ante un público que escuchaba atento la historia, y haciendo una larga pausa y aprovechando el clima que se había formado a su alrededor— entonces… me escurrí entre las piedras y los pastos. Nadie se dio cuenta de que me acercaba al fogón; ni se percataron. Me metí en la boca un carbón y me fui saltando. ¡No me quemé como los demás! Cuando los cuervos se dieron cuenta, yo ya estaba muy, muuuuuuy lejos.

—¡Sí, Kururu! —gritaron los jóvenes.

—¡Otro brindis por Kururú!

—¡Salud! —dijeron todos.

¡Ey, Kururu! —dijo uno de los muchachos—. Todavía hay brasas en el fuego. ¿Por qué no nos mostrás cómo lograste semejante hazaña?

—¿Cómo no? —dijo el sapo, que estaba muy agrandado después de contar su historia.

Omokôjey ha oñemboja tatápe opavave osapukái joa jave chupe:

—¡Kururu, Kururu, Kururu!

Ha'e ojejapoiterei haguére nomoîri peteînte ¡omoî po tatapŷi ijurúpe! Tatapŷi apytépengo oî avei tanimbu ha upéa omoatîa chupe ojere javete ojehechauka haĝua hapichakuéra renondépe.

—¡Hachuuuuu!

Ka'aguýpe osunu pe kururu atîa. Tatapŷi osê oveve opa rupi. Oî ho'áva yvyra rogue kâ ári, ha ambue ho'áva yvyra rakâ mbytépe ha oî avei kapi'i ári omyasâiva. Ndahi'aréi rire ojehecháma hatatî'imíva ha uperire oñepyrû hendypa. Karia'ykuéra oîva upépe oñeha'â ombogue haguâ ha ndaikatúi voi, ha kyhyjehápe osê hikuái oñani.

Kururu ohecha mombyry guive mba'épa oiko ha'e ojavy haguére. Ipy'ajopývo opo yvyra kuápe ha upeguive oñepyrû ojahe'o asy puku, ha upéa oñehendu mombyrýgui.

Tupâ, ama jára, ohendu iñangirûme ha ohechávo mba'épa ojehu pya'épe omongy tata ári. Mbeguekatúpe oguepa opyta peve tanimbu hykuepáva.

—Kururu, che angirû —he'i Tupâ— ikatúma resê, ndaiporivéima tata.

—¡Aguyje! —he'i kururu jepy'apýpe gueteri.

Tomó otro trago y se dirigió directo a la fogata, mientras todos gritaban arengando:

—¡Kururu! ¡Kururu! ¡Kururu!

Y como estaba tan creído y agrandado, Kururu no se tragó una brasa ¡se tragó cinco! Con tanta mala suerte que entre las brasas también se tragó las cenizas, y cuando dio media vuelta para que todos lo vieran, no pudo contener el estornudo.

—¡Atchús!

Retumbó en el monte el estornudo del sapo. Los carbones salieron volando por todos lados. Algunos cayeron en las hojas secas; otros, entre las ramas de los árboles, y algunos rodaron sobre el pasto. Pronto, pequeños humitos empezaron a salir y de a poco las llamas comenzaron a ganar todo el terreno. Los muchachos que allí estaban intentaron apagar el fuego, pero no podían con todo y, asustados, salieron corriendo.

Kururu miraba desde lejos todo lo que había causado. Muy angustiado saltó al hueco de un árbol y desde allí comenzó a hacer un largo croar que se escuchaba desde lejos.

Tupá, el dios de la lluvia, escuchó a su amigo y, viendo la escena, no dudó en hacer llover sobre las llamas. Estas se fueron apagando, hasta que solo quedaron cenizas mojadas.

—Kururu, amigo mío —dijo Tupá—, ya puedes salir, ya no hay fuego.

—¡Gracias! —dijo el sapo, muy apenado.

—Mba'épiko oiko ra'e ápe —oporandu Tupâ.

—Opavave ojapysaka ha oguerohory umi mba'e che amombe'úvare ha, peichahágui, añeñandu chemba'eguasuetereiha. Mba'eporânguete he'i hikuái cherehe ha chembovu, ha rehecháma mba'épa ajapo ha mba'éichapa apyta: cheaño, chehykupa ha haimete ambyaipa.

—Kururu, che irû, ñande rekove ningo upéicha, sapy'ánte ñaime amo hu'âme ha sapy'ánte nahániri. Upe mba'eguasuvéva ha'e mborayhu jarekóva ñandejehe, nde rejehayhuva'erâ, Kururu. Nde natekotevêi rehechauka mba'eve mavavépe.

—¡Añete ere! —he'i Kururu— hi'â chéve aikuaáma mba'épa ajapoarâ.

—Upeichaite. Che ajokuáita ndéve —he'i Tupâ.

—Mba'épa ajapova'erâ —oporandu Kururu ama járape.

—Okypotávo che amomarandúta ndéve ha nde remomaranduva'erâ yvyporakuérape ha mymbakuérape. Upe nde purahéi puku asýpe angete rejapoháicha, ¿ikatúpa rejapojey?

—¡Ikatu! —he'i Kururu, ha osê opopo vy'águi yno'ô pa'ûme.

Upévare ñahendúvo kururu ñe'ê puku, upéva he'ise ha'e ñanemomarandu oguahêmbotaha ama.

Traducción: Verónica Gómez

—¿Pero qué pasó aquí? —pregunto Tupá.

—Es que todos escuchaban y festejaban mis hazañas y, por un momento, me creí un héroe, alguien muy importante. Me dejé llevar por los halagos y mirá cómo terminé: solo, mojado y casi provoco un desastre.

—Kururu, amigo mío; así es la vida. A veces estamos en la cima y otras veces, no. Lo importante es no perder nunca la autoestima, y con "autoestima" me refiero a quererse a uno mismo, Kururu. Y vos, amigo mío, no necesitás demostrarle nada a nadie.

—¡Es verdad! —dijo el sapo—. Creo que he aprendido esta lección.

—Si es así, te encargaré una misión —dijo Tupa.

—¿Cuál misión? —preguntó el sapo al dios de la lluvia.

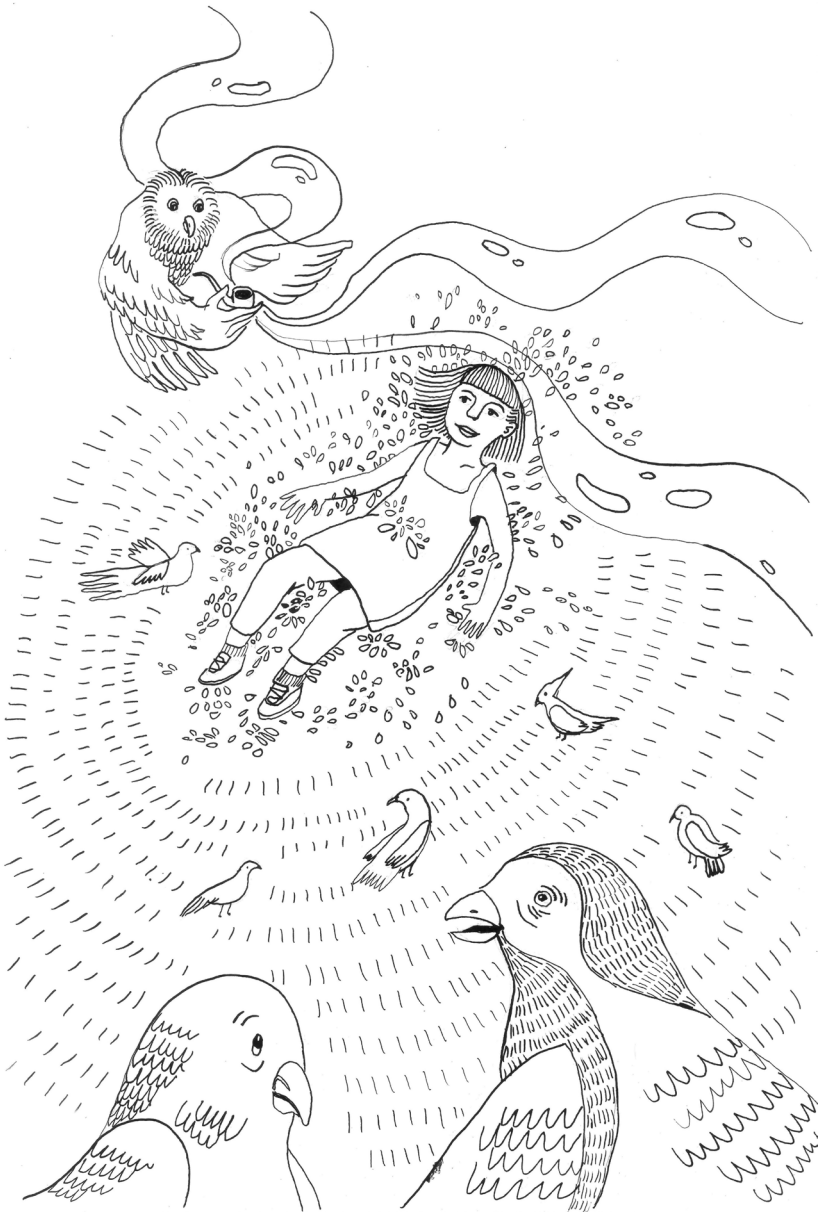
—Cada vez que se acerque una lluvia o una tormenta, yo te voy a avisar y vos deberás avisarles a todos los humanos y a los animales, con ese largo croar que hiciste hace un momento. ¿Podrás lograrlo?

—¡Sí, por supuesto! —dijo Kururu, y salió saltando de alegría entre los charquitos.

Es por eso que cuando escuchamos a los sapos croar por largos ratos, significa que nos están avisando que una lluvia se está acercando.

Mitâkuña'i oñe'êkuaáva guyrakuérandie | La niña que hablaba con los pájaros

Darío Juárez



Máira ohómi ygápe hamói ndive mbo'ehao gotyo Karaguata y rupi.

Pe mitâkuña'i oguapykuaámi yga apýrare ha upépe guive omaña ysyry rembe'y ha yvyrakuérare, ojapysakávo guyra purahéire ha omomaiteími mayma guyra ohasáva upe rupi.

—Maitei kuñakarai yvyráre omba'apóva ¿Mba'éichapa reiko?

"Maitei, javatî ¿Mba'éichapa oiko ne pehênguekuéra?

"¿Mba'éichapa neko'ê, guyra'ĩ? ¿moôpiko reho pya'ete?

Mayma guyra ombohovái chupe turuñe'ême. Hamói omaña hese ha opuka oipytuhêpukúvo ha oñemombaretévo omyañajey haĝua yga *remo* rehe.

—Máira, ñaĝuahêmbotáma —he'i hamói— ere umi guyra'ípe rehova'erâha mbo'ehaópe.

Upe mitâkuña omomaitei hamóipe, opo ygaĝuahêháme ha oñani mbo'ehao gotyo.

Mayra viajaba con su abuelo por el río Caraguatá en una canoa rumbo a la escuela.

La niña, tenía por costumbre sentarse en la punta del bote y desde allí mirar las costas del río y los árboles, atenta a los cantos de los pájaros, a todos los cuales saludaba cada vez que se cruzaban por su camino.

—Hola señora Carpintera. ¿Cómo amaneció hoy?

"Hola señor Martín Pescador. ¿Cómo anda su familia?

"Buen día Gorrioncito, ¿Adónde vas tan apurado?

Todos los pájaros le respondían con un silbido. Su abuelo la miraba y sonreía, mientras tomaba una bocanada de aire y juntaba fuerzas para impulsar los remos de la canoa.

—Mayra, ya estamos llegando —dijo el abuelo— deciles a los pajaritos que ya tenés que ir a estudiar.

La muchacha saludó a su abuelo, dio un salto hasta el muelle y se fue corriendo a la escuela.

Upe ára ka'arúpema hamói oĝuahê ndaje mbo'ehaópe oheka haĝua i*nieta*'ípe. Mombyry guive ohecháma oîha mba'e vaíva. Pya'épe osê ygágui ha oñemoaguîvo korapýre oñepyrû ohendu mbo'eharakuéra ha mitânguéra sapukái.

—¿Moôpiko oime Máira? —Oporandu hamói kyhyjehápe ohecha'ỹvo mitâkuñáme moôvérupi.

—*Dirección*-pe —he'i peteî mbo'ehára.

—Katu... ¿Mba'épa ojehu ápe? —he'i hamói py'atarovápe oipe'ávo okê.

Ha upépe oîmi Máira, ipy'amonóvo, mokôi ñembota, peteî hesa ykérepe ha ambue ijajúra akatúape. Ijerére opa mbo'ehára omoî peteî aorâ ho'ysâ iñakâme ha oja ipirerasýva rehe.

—¿Mávapa ojapo upéicha hese? —he'i hamói.

—Nimbora'e mokôi mitâ ombojaru Máirare ha'e he'ígui oikuaaha mba'épa he'i guyrakuéra, omyaña chupe ha oñepyrû ojapi guyra sa'yjukuérape oîva korapýpe. Máira oñemoî guyra ha ita pa'ûme —omombe'u peteî mbo'ehára.

Hamói ohupi chupe, ogueraha ygápe ha omoñeno yga apýrape. Pya'épe oñepyrû o*rrema* tasyo gotyo, opytamimi omokâ haĝua hy'ái ha o*rrema*jey.

Ya por la tarde de ese mismo día, el abuelo llegaba a la escuela para pasar a buscar a su nieta. Desde lejos, observaba que algo no andaba bien. Bajó rápidamente de la canoa y a medida que se iba acercando al patio, comenzó a escuchar los gritos de las maestras y los niños.

—¿Dónde está Mayra? —preguntó asustado el abuelo al no ver a la niña por ningún lado.

—En la dirección —dijo una de las maestras.

—Pero… ¿qué pasó aquí? —dijo exaltado el abuelo al abrir de un golpe la puerta.

Y allí estaba Mayra, inconsciente, con dos moretones —uno cerca de los ojos y otro en el costado derecho del cuello—, rodeada de otras maestras que le habían puesto una toalla fría en la cabeza y le pasaban hielo en las heridas.

—¿Quién le hizo esto a mi niña? —exclamó el abuelo.

—Lo que sucedió fue que dos niños, que se burlaban de Mayra porque ella decía que podía entenderse con los pájaros, la empujaron y empezaron a tirarles piedras a unos jilgueros que estaban en el patio. Mayra se interpuso entre los pájaros y las piedras —explicó una de las docentes.

El abuelo la levantó entre sus brazos, la llevó hasta la canoa, y la acostó en la punta del bote. De inmediato empezó a remar rumbo al hospital; apenas paraba para secarse el sudor de la frente y volvía a tomar los remos.

Upeichahágui peteî mainumby oguejy mitâkuña'i oñenohápe. Karai omosêmo'â guyra'ípe, katu ndojapói upéva. Opytánte ha ohecha mba'épa ojehu. Upe guyra'i opo yga rembépe ha oveve yvága gotyo. Pe karai oma'ênte hese.

Uperiremínte hetave guyra oguejy ha pe karai jurujáipe omaña hesekuéra.

Heta hetave guyra oñepyrû omongora mitâkuña'ípe. Hamói opyta ñe'ẽ'ỹre ohechávo mba'éichapa guyrakuéra ohupi Máirape. Mitâkuña'i rete oveve ombojehe'ávo guyra aty rague apytére, iparapáva hikuái.

Yvýpe, ambue guyrakuéra ohupa'apo yvyraroguégui ha umi guyra oguerúva Máirape omboguejy mbeguekatumi chupe upépe.

Mayma guyra upepegua oñombyaty mitâkuña jerére: havia, pykasu, manimbe, chochî ha akâpytânguéra, oguerúva y ijurupekuéra ha omboykuéva mitâkuña rembe.

Peteî guyraû ha peteî ñahana oguata yrembe'y rupi tembi'u rekávo ha ohechávo chupekuéra guyra para, amaña opa mba'e ojehúva uperupi ha opererévo ipepo he'i:

—Hasyeterei ha'e. Ñahenoiva'erâ ñande jarýi ñakurutûme.

—Oîma, aháma ahekávo chupe —he'i chochî ha pya'épe osê oveve.

De pronto, un colibrí bajó hasta donde estaba la niña acostada. El anciano pensó en espantar al animal, pero no lo hizo. Se dedicó a observar lo que sucedía. El pajarito saltó al borde de la canoa y se elevó al cielo. El abuelo solo atinó a acompañarlo con su mirada.

Pasaron unos minutos y más aves bajaron ante la mirada atónita del abuelo.

Los pájaros, que ya sumaban cientos, comenzaron a envolver a la niña. El abuelo se quedó mudo, observando cómo las aves comenzaron a levantar a Mayra por el aire. El cuerpito de la muchacha se elevaba confundiéndose entre el plumaje de la bandada de pájaros, que eran de todos los colores y tamaños posibles de imaginar.

En un descampado, otros pájaros habían armado una cama de hojas secas, donde las aves que traían el cuerpo de Mayra lo dejaron reposar lentamente.

Todos los pájaros de las islas estaban reunidos alrededor de la niña: zorzales, palomas, cachilitos, calandrias y unos cuantos jilgueros, que se encargaban de traer agua con sus picos y mojaban los labios de la niña.

Un boyero y una gallineta caminaban por las costas en busca de comida, ante la mirada del pájaro tigre, que controlaba todo lo que sucedía y, al tiempo que hacía viento con sus alas, decía:

—Está muy herida. Debemos llamar a la abuela lechuza.

—Está bien, ya mismo voy a buscarla —dijo una de las calandrias y raudamente levantó vuelo.

Sapy'aitépe jarýi ñakurutû omotimbóma yvyku'i ipepo reheve oĝuahêvo upépe.

Ipepokuágui oguenohê peteî petŷgua, omyendy ha mbeguekatumínte oguata mitâkuña'i gotyo omaña porâ haĝua hese.

—Oñemombe'u kuri chéve ko mitâkuña'i oñe'êkuaaha penendive —he'i jarýi ñakurutû—. Peê peikuaa porâma yvyporakuéra ndoikuaaiva'erâha mba'épa ñande ja'éva... ha ko mitâkuña oikuaa mba'épa ja'e... upéa araka'eve ndojehúimi, ha upéichava'erâ.

—Jarýi —he'i guyra sa'yju—, ko mitâkuña ore pytyvô.

—¿Mba'épa ere? —oporandu jarýi tuicha oipe'ávo hesa.

—¡Hêe! Mitânguéra omombo oréve ita. Rojerure pytyvô ha ko mitâkuña orerendu ha oñemoî ita ha ore pa'ûme. Ndaha'éiramo hese ore romanoma'amo'â.

Jarýi ñakurutû ojere guatahápe ojepy'amongeta aja ojehúvare ha mbeguekatumi oñeporandu:

—¿Mba'épiko ajapóta?

—¡Aikuaáma mba'épa ajapova'erâ! —he'i peteî ñe'ê ñanandy apytére.

Opavave omaña jurujáipe, upépe ou guatahápe tatatîna apytépe Jasuka, ka'aguy ha pohâ ñana jára.

De inmediato, las enormes alas de la abuela lechuza levantaron una polvareda al aterrizar en medio del descampado.

Sacó de entre sus alas una pipa, la encendió y lentamente se dirigió hacia la niña para observarla por un instante.

—Me dijeron que esta niña habla con ustedes —dijo en voz alta la abuela lechuza—. Todos ustedes saben que no es bueno que los humanos sepan lo que decimos… y esta niña sabe lo que decimos… Eso nunca había sucedido antes, y así es como tiene que seguir.

—Pero, abuela —dijo el jilguero—, esta niña nos salvó la vida.

—¡¿Qué?! —preguntó la abuela abriendo sus enormes ojos.

—¡Sí! Unos niños nos estaban tirando piedras. Gritamos "¡Auxilio!", y esta niña nos escuchó y se interpuso entre las piedras y nosotros. Si no hubiese sido por ella, ya estaríamos muertos.

La abuela lechuza caminó haciendo pequeños círculos, mientras meditaba sobre la situación, y en voz baja se preguntó:

—¿Qué debería hacer?

—¡Yo sé lo que hay que hacer! —dijo una voz entre los arbustos.

Todos miraron sorprendidos. Allí venía caminando en medio de una bruma Jasuka, Diosa generadora de la naturaleza y las plantas medicinales.

—¡Jasuka! —he'i ñakurutû ha mayma guyra oma'ê hese he'i'ỹvo mba'éve.

—Ápe aime... ahecháma ko mitâkuñáme ha aikuaa porâ: ha'e oreko guyra kuéra ñe'â, upévare ikatu oñe'ê penendive... ko mitâkuña omoî hekove oñangareko haĝua peême. Peñe'êmína ha pejapo hendive peteî *pacto*, ha peguerahajeýna hamói ndive.

Jasuka oguenohê ivokógui petŷ, ome'ê ñakurutûme ha he'i chupe:

—Kóa ha'e reipohâno haguâ mitâkuñáme.

Upéi, ojapoparôguáicha, oguatajey tatatîna apytére ha oho.

Ñakurutû oñemboja mitâkuña rehe, omyendy petŷgua, oipytuhê tatatî ha upéi omoî pe tatatî Máira orekohápe mba'asy. Ojapo jey upéicha ha mitâkuña oñepyrû okuera ha umi mba'asy oho pya'eterei, tatatî ogueraharôguáicha.

Máira oñepyrû opáy ha opokóvo hetére oporandu:

—¿Moôpa aime? ¿Mba'épa ojehu?

—Mba'éichapa, Máira. Chéngo jarýi ñakurutû. Ore rogueru kuri ndéve ápe nde rasýgui, ha ore irû ka'aguygua orepytyvô nemonguera haguâ. Katu orejerure torojapo nendive peteî *pacto*.

—¿Peteî *pacto* piko? —he'i Máira.

—¡Jasuka! —dijo la abuela lechuza, ante el asombro de todos los pájaros que la observaban en silencio.

—Acá estoy... He observado a esta niña y no tengo dudas: ella tiene el espíritu de los pájaros. Por eso puede hablar con todos ustedes. Esta niña arriesgó su vida para cuidarlos; devuélvanla con su abuelo, hablen con ella y hagan un pacto.

Jasuka sacó de su bolsa un poco de tabaco, se lo entregó a la abuela lechuza y le dijo:

—Esto es para que puedas curar a la muchacha.

Luego, como si ya hubiera cumplido su misión, volvió a caminar entre la bruma hasta desaparecer.

La abuela Lechuza, se acercó a la niña y encendió su pipa, aspiró el humo del tabaco y luego la esparció sobre las heridas de Mayra. Repitió la escena una segunda vez y las heridas de la niña comenzaron a desaparecer mágicamente, como si el humo se las llevara.

Mayra empezó a despertar y, tocándose las heridas, preguntó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Hola Mayra. Soy la abuela lechuza. Te hemos traído hasta aquí porque estabas lastimada, y una amiga que tenemos en el monte nos ayudó a curarte. Pero a cambio nos pidió que hiciéramos un pacto con vos.

—¿Un pacto? —dijo Mayra.

—Hêe, peteî *pacto*. Yvyporakuéra ndikatúi oñe'ê orendive nde reñe'êháicha, reme'êramo oréve ne ñe'ê orepytyvôtaha, ore rome'ê avei ndéve ore ñe'ê roipytyvôtaha ndéve ha upéicha ikatúta ñañe'ê ha roikuaáta mba'épa ere ha nde reikuaáta mba'épa ore ro'e. Ha... ñañomoirûta akóinte.

—¡Hêe! —he'i Máira.

—Iporâ —he'i jarýi ñakurutû— ko ára guive rohenóita ndéve Pykasu ha reikéta ore pehêngue aty guasúpe.

—¡Hêêee! —osapukái Máira vy'águi ha mayma guyra opuraheijoa.

Vy'a ha tory apytépe guyrakuéra oñepyrû omongora mitâkuñáme ha oguerahajey chupe ygápe oîháme hamói. Pe karai omopu'â ijyva ohupi haĝua Máirape ha mitâkuña omoîvo ipy yga ári oñoañua mbarete hikuái. Ovy'aiterei ohechávo i*nieta*'ípe hesâi asy jey.

Ha omomaiteívo guyrakuérape oñemomombyry ohojeývo hogakuérape hamói ha Máira, ¿térapa ñahenóita chupe Pykasu?

Traducción: Verónica Gómez

—Sí, un pacto, porque no todas las personas pueden hablar con nosotros como lo hacés vos. Si prometés cuidarnos, nosotros prometemos cuidarte siempre, y así podremos hablar y entenderte, como vos hacés con nosotros. Y seremos amigas que se cuidan por siempre.

—¡Sí! —dijo Mayra sin pensar.

—Bien —dijo la abuela lechuza—. Desde hoy serás conocida como Pycasu, que en el idioma guaraní quiere decir "paloma", y formarás parte de nuestra gran familia.

—¡Síii! —gritó Mayra de alegría, y todos los pájaros cantaron al mismo tiempo.

Entre tanta algarabía, los pájaros comenzaron a envolver a la niña y la llevaron de nuevo a la canoa donde estaba el abuelo. El hombre levantó sus brazos para recibir a Mayra y, una vez que puso sus pies en el bote, la abrazó con todas sus fuerzas. No podía contener la alegría de ver a su nieta sana y salva de nuevo.

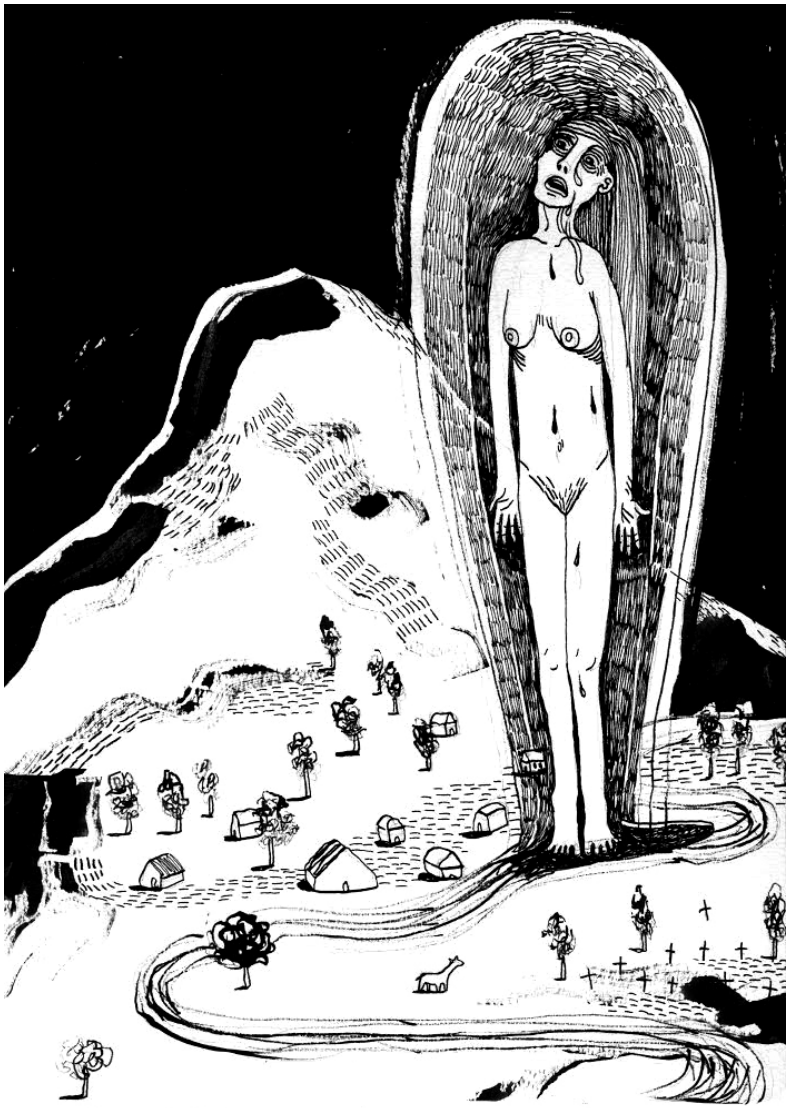
Y saludando a los pájaros que se alejaban, emprendieron el viaje de regreso a casa el abuelo y Mayra… o debería llamarla Pycasu.

SONIA ALCOCER
quechua cochabambino

Juanitap wawan

| Juanita y su bebé

Sonia Alcócer



Kampu warmicita Juana sutisqa, q'acha imillita, ch'asqa ñawisita; sipas yaykuspa reqsin uk yana aya runata, Raúl sutenqa; payta sonqonta qorqa.[1] Payqa anchata chonqolean, weqoqean.

Reqsinakuptinkuna, Raúl sumaq runa karqa, miski simi, miski sonqoyoq...

Juanitataqa neq:

—¿Chasqitatachu munahki? Hurqachipusqayki.

Chayhina munaynioq Juanita locayarparin. Tantaypukunku tiempitunman.

Raúl, supay kasqa. Pay rikuchikorqa imaynachus kasqanta. Juanita llakinmanta phutikun: manaña ripuyta atinchu. Pay chichuyarparisqaña.

Raúl kusisqa nin:

—Kunanqa ni maytaq[2] saqeankichu.

Uk p'unchay, Juanita waqasarqa; chayllapi, pay wiksampi aytasitu llikcharichin. Paytaq kusirikun. Pay uyarinmanpishina rimayta wawitata:

---

[1] -rqa: tiene valor contraevidencial.

[2] *Cfr.*: ni hayk'aq, ni aykaf de otras variedades.

Érase una vez una campesina llamada Juana, una niña bonita, cuyos ojos refulgían como dos luceros. La niña conoció a un ser de alma negra, llamado Raúl, y le entregó su corazón. Raúl era un bebedor empedernido, que a menudo se emborrachaba hasta vomitar.

Cuando lo conoció, Raúl era una persona agradable, de palabra y corazón dulces.

A veces, le decía a Juanita:

—¿Quieres las estrellas? Pues yo te las bajaré.

Con estos decires, tenía a Juanita enloquecida de amor.
Al tiempito, ambos fueron a vivir juntos.

Pero Raúl era una persona vil. A poco de andar, se apareció en toda su esencia. Juanita, apenada, vivía llena de congoja, pues ya no podía irse: Estaba embarazada.

Satisfecho por la noticia, Raúl le decía:

—Ahora ya nunca me dejarás.

Un día, Juanita estaba llorando. Entonces, sintió una patadita en su panza. Eso la alegró. Era como oír a su bebé que le hablaba:

—¡Mamitay! ¡Ama llakikuychu! ¡Ama waqaychu! Noqa yanapasqayki hatunyaspa. Anchá munasuyki. Sonqoyki sonqoywan uklla kanchis. Uk chikitallaña chusan. Ña lloksisaqña. Wañuni reqsiymanta uyitaykita; makisitusniykipi pinky munani tataypa makisninman.

Chaypi Juanita paypi kutin. Weqesninta chakirikun. Chayllaman Raúl yaykun punku hayt'aspa. Juanita mancharikun: wataqmanta[3] machasqa yaykun paytataq waq'alichiyta[4] munan. Juanitataq nin:

—¡Ama, Raúl! ¡Ama! Kunan mana; machasqa kanki —paytaq nin.

—Noqa munaqtiy kanan tiyan —Raul, nin.

Paytaq mancharispa wiksamta pakakun. Paytaq saqrahina patanman wikch'uykukun. Juanitata q'ala ñit'in, q'ala nanachispa. Chaymantataq kimsa p'unchayman wawita lloksin.

Juanita manaña paypichu. Warmisita karqa. Wawita yarqasqa ñuñunta mamanpa maskhan waqarikuspa. Juanitataq chawpi wañuypi wawitanta ñuñunman churarqa. Chayllapi wañupun. Chay p'unchaymanta pacha, Juanita condenakorqa. Sapa chisi chawpi tutat waqarikoq wawitanta maskhaspa:

—¡Ay... wawitay! ¿Maypi kanki? ¡Ay... wawitay! Hampuway. ¡Ay... wawitay! Mana ripuy atinichu mana qamwan...

Uk watata q'ala llaqtata mancharisaq. Ni pipis chawpi tutata lloksiy ni puriy munanchu. ¿Pichus Juanitawan tinkoq, q'ala yawarpi armakoq y wañoq? ¡Ayan ancha sinchi karqa!

---

[3] De nuevo; *cfr*. kutis, en santiagueño.

[4] waq'aliy: tumbarse; *cfr*. Areq, Caylloma: alicaerse.

—¡Mamita! No te entristezcas. No llores. Yo te ayudaré en cuanto crezca. Te quiero mucho. Tu corazón y mi corazón son una sola cosa. Solo falta ya muy poquito. Ya saldré de tu vientre. Muero por conocerte la cara; quiero saltar en tus manitos, de tus manitos a las manos de mi papá.

Con esas palabras, Juanita volvió en sí. Juanita empezaba a secarse las lágrimas. En eso, entró Raúl, pateando la puerta. Juanita se asustó. De nuevo entraba ebrio, tal vez queriendo echarla sobre la cama. Y ella se defendía:

—¡No, Raúl! ¡Que no! Ahora no; estás borracho —le decía.

—Ha de ser cuando yo lo quiera —le respondió Raúl.

Juanita, asustada, intentaba taparse el vientre. Él, vilmente, intentaba echarla boca arriba sobre la cama. La aplastaba con su cuerpo, provocándole dolor. Después de tres días, nació el bebé.

Juanita ya no estaba en sí. Fue una niña. La bebita, en cuanto sentía hambre, buscaba el pecho de su madre, llorando. Juanita, que se sentía medio moribunda, prendía a su niña a su flácido pecho. Hasta que finalmente Juanita murió. Desde ese día, Juanita pululó como una condenada. Cada tarde, cada noche bien entrada, lloraba, buscando a su niña:

—¡Ay, hijita! ¿dónde estás? ¡Ay... hijita! Vente conmigo. ¡Ay... hijita! No puedo irme sin ti...

Un año deambuló, asustando a todo el pueblo. Nadie quería salir ni andar por las calles en medio de la noche. ¿Quién querría reunirse con Juanita, bañarse en su sangre y morir? ¡Pues se notaba que era un alma muy poderosa!

Wawita wata q'episitu amartelowan wañorqapun. Chaypachamanta pacha, Juanita manaña waqaqchu. Wawitanta ladunman panpakunku. Tata curataq q'ala llaqtata bendecin. Juanita samarin tukuy pachaman.

Hasta que un día, su hija, envuelta, murió de amartelo.[1] Desde ese entonces, Juanita no llora más. Y a la niña la enterraron junto a su madre. Durante el sepulcro, el cura bendijo a todo el pueblo. Juanita ahora descansa por toda la eternidad.

[1] Amartelo: en castellano regional, enfermedad o decaimiento físico y anímico de una persona, generalmente un niño, a causa de la ausencia de alguien querido o por la nostalgia del lugar donde ha nacido o crecido. Se usa también en quechua.

Onqokuna

Sonia Alcócer

Noqa imillita, k'ancha pollerita, pinkispa pinkispa, tukuy p'unchaypi kusisqa. Uk paqarin, llikcharini q'ala qoñi. Ni chakisniyta ni makisniyta hoqariy atinichu. Q'ala ukhituypi, waqarikuspa payayta waqyakuni.

—¡Payay...! ¡Payay...!

—¿Imacha kanyawan?

—Mana hatarikuy atinichu. ¡Yanapaway!

Payita chimpaykamuwas[1] niwan:

—Wawitay... Q'ala qoñi kankeqa. Q'ala ukhituyki timpusan. Manachus ka chiri chiri horqoykiyman, wañupuwaq, wawitay... Kunitan hampikusqayki. Ñañaykita waqyasaq, wawitay... "¡Humbertito! Hamuy, waway. Ñañitaykita hampisun. Cristal vasituta apamuy. Apamuy fuentecitata. Kunan, wawitay, kaypi isp'ay. Isp'anki, acelguitata apamuy". —Chaymanta, noqapaq—: Kay vasitumant' uk chikitanta uqyaykuchisun.

Noqataq q'ala mancharisqa qawasani.

—¿Imaynataqa millayta kayllata uqyakuymanri?

Waqarikuspa, nini payayta:

---

[1] Chimpay + sufijo cochabambino -kamu: Combinación de -ku + -mu. (*cfr*. sufijo cislocativo -mu-).

Enfermedades

Sonia Alcócer

Era yo una niña, de falda esplendorosa, saltarina, bulliciosa, de alegría inacabable. Una mañana, desperté calenturienta. No podía levantar ni pies ni manos. Todo mi cuerpo me dolía. Llorando llamé a mi abuela.

—¡Abuela..! ¡Abuela..!

—¿Qué cosita te anda pasando?

—No puedo moverme. Ayúdame…

Mi abuelita se me acercó y me dijo:

—Mi chiquita… Estás toda calenturienta. Tu cuerpito está que hierve. Si no se te van estos calofríos te me vas a morir, chiquita… Ya mismo te voy a curar. Voy a llamar a tu hermanito, chiquita. ¡Humbertito! Ven, mi niño. Ven a curar a tu hermanita. Trae un vasito de cristal. Tráeme una fuente. Ahora, querido, orina aquí. Después, traeme acelga —y dirigiéndose a mí—: De este vasito te voy a hacer beber.

Yo miraba muerta de miedo.

—¿Y cómo que voy a tomar esa cosa asquerosa?

Me puse a llorar, y le dije a mi abuela:

—Mana uqyakusaqchu. Mana, mana, mana uqyasaqchu. Mana, mana. Maqawaypis, mana uqyasaqchu, payitay.

Paya miski simi, chimpaykamuwaspa muchaykuwan. Nigriymin niwan:

—Wawitay, ch'anta willarisqayki imaynatachus onqoykuna esquina wasipi tinkuspa parlarikunku.

Cristal vasitut apispa, isp'ayta limonniyoqta uqyakuchiwan. Acelgas isp'aypi chullusarqanku. Noqataq astawan chirichiriwan larwarisani. Apas, acelgata, isp'aywan horqospa paqraypi churaykuwan. Yuraq trapituwan q'ala umayta mayt'uykuwan. Uknin acelguitasta churaykuwan wayllak'u uraman.

Haytanaman ch'ukuykuspa[2] qallarispa niwan:

—Kunan, wawita, onqoy lloksinña.

"Esquina wasapi suyasarqanku uknin onqoykuna. Chaypitaq parlarikunku.

"—¿Imaynatataq ruwasunku qamta? —tapurin ch'oqho gastroenteritista.

"—Noqatá sumaqta munakuwanku. Miski medicamentosta qowanku. Mikunita q'ala khullpitu, miski gelatinitata qowanku. Mana ripusaqchu. Ǫeparikullasaqraq —gastroenteritis parlarqa.

"Ǫhoña chayman cucharata satykun, y nin:

---

[2] Ch'ukuy: sentarse. Sinónimo de tiyakuy, en quechua cochabambino.

—No me lo tomo nada. No, no y no lo voy a tomar. No y no. Ni que me pegues lo voy a tomar, abuelita.

Ella, con voz dulce, se me acercó y me dio un beso. Entonces me habló al oído:

—Chiquita. Voy a contarte cómo conversan las enfermedades cuando se encuentran en la esquina de casa.

Mientras hablaba, tomó el vasito de cristal y me hizo beber la orina con limón. Luego, remojó la acelga con orina. Mientras, yo sentía calofríos en todo mi cuerpo hervido. Ella, tomando la acelga remojada en orina, me la apoyó en la frente. Con un trapito me envolvió toda la cabeza. Las demás hojas de acelga, me las puso bajo las axilas.

Se sentó al pie de la cama y me dijo:

—Ahora, niñita, la enfermedad ya se marchará.

"En la esquina de la casa, la están esperando las demás enfermedades. Allí, así conversaban ellas:

"—¿Cómo te trataron a ti? —le pregunta la tos a la gastroenteritis.

"—A mí me trataron muy bien. Me dieron medicamentos dulces. Comidita bien pisadita, gelatinita dulce me dieron. De ahí no me voy. Por un tiempo me seguiré quedando —decía la gastroenteritis.

"El resfriado allí metió la cuchara, y dijo.

"—¡Uy! ¡Carajo! Noqami ancha sumaq kasaneqa. Manasiña ripusaqraqchu. Anchata munakuwanku. Yuraq pañuelituswan t'alliwanku, Mentisanwan churawanku, vaporcituwan qoñichiwanku. Ancha kusisqa kani. ¿Qamri, ch'oqho? ¿Imayna kanki?

"—¡Ay...! Noqa ripuniña. ¡Supay! Mana chay wasiman kutiymanchu. Q'ala millay runas kanku. Manaraq sumaqta posesionaykukunichu, mh.... Amapis creewaykicheqchu... Isp'ayta uqyaykuchiwanku. Chaypis pisi kanman, q'alatachari isp'aywan bañaykuwanku... ¡Millayta! ¡Pawamuni, ari! Willarisaykicheq mana chay kuchi wasiman rinaykicheqman".

"—¡Uy! ¡Caray! Yo también la estoy pasando de lo lindo. Creo que todavía no me largaré de allí. Me miman mucho. Me suenan con pañuelitos, me ponen Mentisán, me echan vaporcitos para darme calor. Estoy muy contento. ¿Y tú, tos? ¿Cómo estás?

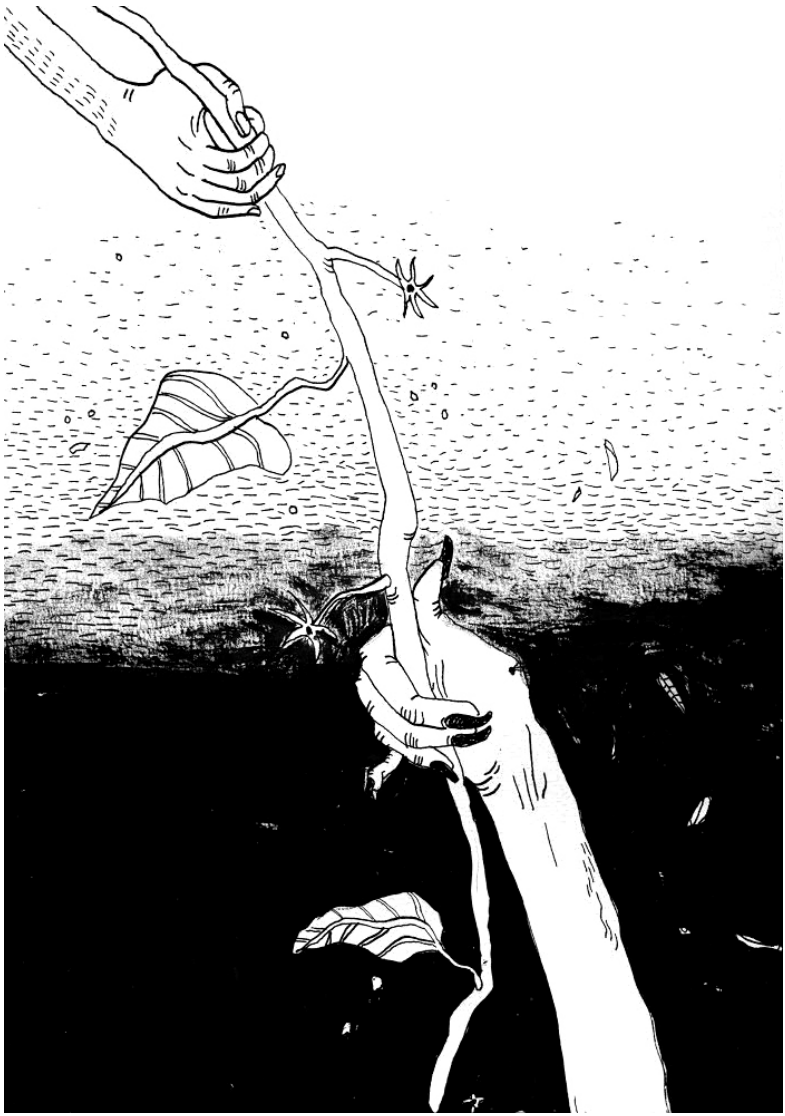
"—¡Ay...! Yo ya me largo de ahí. ¡Qué diablo! No me he de quedar en esa casa. Son todos unas gentes repugnantes. Apenas tomé posesión, mm... Aunque no me lo crean... ¡Me hicieron beber orina! Y por si eso fuera poco, enterita me bañaron en orina. ¡Un asco! ¡Yo me voy volando, pues! Les cuento para que no vayan a esa casa de cochinos".

San Antonioqpata* maman

| La mamá de San Antonio

Sonia Alcócer

* Nótese el uso del sufijo -pata como reforzativo del posesivo.



Uk p'acha karqa hatun warmi San Antonioq maman. Payqa ancha saqra karqa, mana ni pitaq yanapareqchu, q'ala saqra sonqo. Mikunatapis q'ala pierdechispa wiqchoq, mana ni pipaq qoreqchu. San Antonio mamanta neq:

—Mamitay, perdechinaykitaq. Mikunata qoqonayki runasman.

Mamantaq q'ala piñaq neq:

—¿Imarayku qoyman kay qellasman, llamk'amuchunku, a.

Saqra kaynin mana tukukoqchu. Verdurasta pierdechispa hallp'aman hichaq. Hina yana alma kaspa wañupusqa.

Chay saqra kasqanrayku, cheqanta infiernoman ripusqa.

Tukuy wawahina, Dius Tatitaman mamanmanta San Antonio mañaporqa.

—Señor. Ama mamitay chay infiernopi qepakuchunchu lawrarispa. Noqaraykullapis... ¿hamunmanchu hanaq pachapi?

Diustaq nin:

—Mana, waway. Qamchus hallpaman urq'aspa,[1] tariwaay uk runallatapis yanapasqanta, mamayki kaypataman hamonqa.

[1] *Cfr*. uraykuy en otras variedades.

Cuenta la historia que la mamá de San Antonio era una mujer muy inmensa. Era una persona muy vil, que no ayudaba a sus prójimos, de un corazón ruin. Su comida se le echaba a perder, pues a nadie le daba. San Antonio, solía decirle a su madre:

—Mamita, se ha de perder esa comida. Debes dar a las personas.

Su madre, toda enojada, le solía responder:

—¿Por qué habría de darles a esos holgazanes? Que se pongan a trabajar, pues.

Su maldad no tenía límites. Las verduras pasadas las botaba a la tierra. Así, con su alma negra, terminó muriendo.

Por su maldad, fue a parar derecho al infierno.

San Antionio intentó interceder con su madre ante Dios, como hacía con todos sus hijos.

—Señor. Que mi madre no acabe ardiendo allí en el Infierno. Aunque sea por mí… ¿no la harías venir al cielo?

Y Dios le respondió:

—No, hijo. Si desciendes a la Tierra y me encuentras a una sola persona a quien tu madre haya ayudado, pues ella ascenderá al cielo.

San Antonio hurayk'amuspa maskhan pillatapis ninanta "Mamayki yanapawarqa". Ni ukta tarinchu.

Chayllaman rikurin uk warmi. Cha warmeqa cosechakoq tomatesta. Paytaq agradecekoq:

—Dius Tatituy, ¿pichus kayta tarporqa? Dius yanapachun.

Chayta San Antonio uyarispa, nin:

—¡Chayqa tariniña, Dius Tatitu!

Chaymantataq Dius Tata nin:

—Apamuy uk kaspi tomateta; chaywantaq mamaykita horqonki infiernomanta.

San Antonio nin:

—Mamitay, hamuy. Kay kaspimanta apikuy; ¡horqosqayki!

Mamantaq nin:

—Chayqa kunanqa waway horqowanqa.

Infiernopitaq achqa runas waqasarqanku ayrun ayrunta. Maman kaspimanta hapikun. Chaymanta waq[2] almas paymanta ch'ipakunku,[3] lloksiy munaspa. Paytaq mana escarmientaspa, tukuyta hincharaspa[4] neq:

---

[2] Waq = otros/as.

[3] Chip'ay = aferrarse.

[4] Hinchay = Golpear con el anverso de la mano.

San Antonio descendió a la Tierra a buscar a alguien que le dijera que su madre lo había ayudado. No fue fácil encontrar a alguien.

En eso, se le apareció una mujer, que cultivaba tomates y que iba agradeciendo en voz alta:

—Diosito, ¿quién habrá sembrado esto? Que Dios la ayude.

Al oír esto, San Antonio exclamó:

—¡La encontré, mi Dios!

Entonces, Dios le dijo:

—Trae una rama del tomatero; con ella sacarás a tu madre del infierno.

Entonces, San Antonio asomándose abajo, llamó a su madre:

—Mamita, ven. Tómate de esta rama... ¡te sacaré de allí!

Y su madre reflexionó:

—Ahora mi hijo me sacará de aquí.

En el Infierno había muchas almas llorando, a duras penas andando. La madre de San Antonio se aferró a la rama. Pero otras almas intentaron agarrarse de ella, para salir del Infierno. Entonces ella, que no escarmentaba, los abofeteó a todos, y dijo:

—Wawaytaq noqallata horqowanqa iQachariwaycheq, lloksiycheq!

Ch'urkirakuspa,[5] ancha sinchi kuyuspa, k'aspi p'akirparikun; astawan ukuman chinkan, manaña ni maykaq lloksinanpaq.

Chaymanta, Dius Tatitu nin San Antoniota:

—Waway: qam mamitaykita yanapay munarqanki. Pay kikin yana almayoqpuni. Sonqon ni un chiquitanta mana llimpuchakunchu.[6]

[5] Churkiy = moverse para zafarse de algo.

[6] Llimpuy = limpiar.

—Mi hijo solo a mí me sacará ¡bájense, márchense de aquí!

Tan fuerte se contoneaba, intentando zafarse, que la rama se quebró; perdiéndose en la hondonada, hasta que ya nadie pudo salir de allí.

Entonces, Dios le dijo a San Antonio:

—Hijo: tú has querido salvar a tu madre. Ella, igual ciertamente tiene el alma oscura. Su corazón no se ha limpiado en lo más mínimo.

Pampaku

Sonia Alcócer

Wataqmanta hatun p'unchay chayamun: kuska wayritawan q'ala pampa tarpusqata t'ikitasta q'ewikachan.[1] Kunanqa hoqarinanku tiyan q'ala tarpusqata. Karumanta hamusankuña warmis, qaris, imillitas, lloqalitus[2] saltaykachaspa kusisqas yachankuña hoqarinanku tiyan papitasta, oqasta, habasta.

Runas qallarinkuña pampa thawita,[3] achakanaswan pampapi waikota ruwanku. Chay ukipitaq llant'awan ninata ruwanku. Chaypitaq k'ananarinku[4] rumista. Chaykamataq horqosankuña hallp'amanta yuraq papitasta, yana, puka, miskisitus; q'ellu oqetasta; chaymanta k'ichinku[5] habitasta. Chaymanta hatun runa apamun aych'ata: waquitapis, llamitapis, corderitupis kanman. Sumaq kachinchasqa, uchunchasqa, y mayt'orqonku[6] trapituspi. Chaymantataq waykota q'achituta churakunku qoñis rumista perqetashina. Chay ukhuman churaykunku papitasta, patanman, aychata, chant'a oqasta, habasta. Patanman, qoñi hatun rumita. Ch'antaq pampakunku hallp'awan.

---

[1] q'ewikachay: ondear.

[2] llokalu: muchachito.

[3] thawiy: escarbar, cavar.

[4] k'ananariy: empezar a incandescer.

[5] k'ichiy: cosechar sacando de las ramas.

[6] mayt'uy: envolver.

El pampaku

Sonia Alcócer

Ha llegado el día más importante del año: el vientecito se amontona y hace ondear todos los sembrados y las flores. Ahora, hay que cosechar todo lo sembrado. De lejos, ya se acercan las mujeres, los hombres. Las niñas y los niños, saltando alegres, ya saben que hay que cosechar las papas, las oqas, las habas.

Ya empiezan los hombres a cavar el suelo con sus cinceles, para hacer un hoyo. Allí dentro ponen leña y hacen un fuego, que hace poner incandescentes a las piedras. Hasta allí han estado levantando de la tierra papas blancas, negras, rojas, dulces; oqas amarillas. Allí han cosechado las habas. Luego, los hombres mayores traen la carne, que puede ser de vaca, llama o cordero. Todo con sal y condimento y envuelto en trapos. Entonces, bien alrededor del agujero ponen piedras calientes, como formando una pared. Adentro ponen las papitas, y arriba, la carne; luego, las oqas y las habas. Arriba, una piedra grande caliente. Al final, cubren todo con tierra.

Uk horapi chayan: chaykamataq q'ala tarpuyta hoqariy tukunku. Mikuna hora chamunña, tukuy saykusqas. Kicharinku pampakutaqa. Warmis apanku hayitasta, p'asata. Mikuna miski q'apariri san.[7] Astawan hatun warmi t'uru[8] platupi churaykun q'ala mikunitata; wamaq platituta Pachamaman haywaykunku pachispa, chayhina hatun tarpunata qosqanrayku.

Chaymanta q'alititun runas mikuy qallarinku. Ch'allarispa hallp'ata aqawan, ukkunaspi alcoholwan. ¡Hallalla hallp'itancheqta, Pachamama! ¡Ama ni haykaq saqewaykuchu!

[7] q'apariy: oler bien.

[8] t'uru: barro.

Pasa una hora: en ese tiempo, han terminado toda la cosecha. Llega la hora de la comida, todos ya cansados. Abren entonces el pampaku. Las mujeres traen el picante y la p'asa, que es como una tierra blanca, donde se sopan las papas. Huele muy dulce. La mayor de las mujeres pone toda la comidita en un plato de barro; el primer plato lo ofrendan a la Pachamama en agradecimiento por tan grande sembradío que les entregó.

Finalmente, todos los hombres empiezan a comer. Challan la tierra con chicha, en algunos casos con alcohol. ¡Viva nuestra tierra! ¡Pachamama, nunca nos abandones!

Lucía chayan Huanunikama

| Lucía llega a Huanuni

Sonia Alcócer



Uk p'unchay, paqarinpi, Lucía ancha kusisqa hatun colectivupi kutisan wataqmanta maypichus hatun p'unchays, yana tutas, payqa kawsarqa. Uk kutis asirispa, waq kutis sonqo nanayta waqarispa, wataqmanta chayasanña Huanuniman.

Sonqonpi ñañasninta yuyarispa, chayanña; hurqaspa ligerituta ligerituta mayuman rin. Bolsitasninpi apasarqa Arque[1] t'anta, leche en polvota, q'omer kokitantawan. Pinkirispa chayan "puente colgante" nisqaman. Chaymantataq qaparin:

—¡Doña Macedonia! ¡Doña Estela! ¡Doña Vicky! ¿Maypi kankicheq? ¡Qawariycheq pitaq kutimun! ¡Noqa, noqa! ¡Lucía kani!

Kopajira yakupi, yana ch'in.[2] Lucíaq sonqonta karpatitirichin.[3]

Sipas warmicita sonqon q'ala nanasqa, chayhina llullaswan pisi sonqo qari, wawitayoq uk wata soqta killa kawsayoq saqesqanta; pay ripun Huanuniman, maypichus bachillerato tukunanpaq; chayllapi atinman karqa tukuchiyta. Chayaytawankama[4] sapitan colegioman rin qellqakoq. Q'ala kusisqa, suk killachay p'unchay paqarinta yachaywasiman kutin; wawitan sapita qepakoq puñuspa.

---

[1] Arque: provincia situada en la zona central de Cochabamba.

[2] Silencio.

[3] Estremecer.

[4] Nótese la aglutinación, nada usual, de dos sufijos de caso: wan-kama. El sentido, además, se desvía de la norma en otras variedades, en el que kama tiene un significado terminativo.

Un día, a la mañana, Lucía regresa en flota al lugar de los bellos días y noches negras donde antaño vivió. Ya riendo, ya llorando a corazón partido, llega de regreso a Huanuni.

En su corazón, recuerda los caminos y pronto llega; baja por ellos y muy ligerito va hacia el río. En su bolsita, traía pan de Arque, leche en polvo, y hojitas verdes de coca. A los saltos llega al así llamado "puente colgante". Enseguida, grita.

—¡Doña Macedonia! ¡Doña Estela! ¡Doña Vicky! ¿Dónde están? ¡Miren quién ha regresado! ¡Yo, soy yo! ¡Soy Lucía!

En el agua de la copajira,[1] reina un negro silencio. A Lucía se le estremece el corazón.

El alma entera se le resquebrajó. Pues allí había llegado por primera vez luego de que, con mentiras, en otra aldea, un hombre falto de corazón, la había dejado con un bebé de un año y ocho meses. Se había ido a Huanuni a terminar su bachillerato, donde podría estudiar en paz.

Aquella vez, en cuanto llegó, fue al colegio a inscribirse. Muy alegre, al cabo de un mes, poco más, poco menos, volvió a comenzar sus estudios; su bebito se quedaba solito durmiendo en casa.

---

[1] Copajira: en Bolivia, agua acidulada del interior de una mina o excavación o proveniente de los relaves, que contiene sulfato de cobre, hierro o cinc.

Paytaq sapa paqarin mikunitata saqeq wawitapaq; ripoq colegionman; chawpi paqarinta perqata wasaykoq; wawitanta qawarimoq: uk kutis, wawitá puñukoq, mana llikchareqchu; uk kutistaq waqaspa punku wasapi suyaq wawitaqa; manaraq cheqa puriy yachaqchu; lat'aykachaspa sapitan waqaspa mamitanta waqyaq. Pay chayaspa, uk kutis, manaña colegioman kutiqchu.

Chay hinaspi, uk paqarin pisqa horas Santa Elenapi sirenas waqayta qallarin. Tukuy pueblo q'alitun llikcharikun mancharisqas, mana yachaspa imachus kasqanta. Chay ratu, Radio Nacional de Huanuni nisqata hap'ichin,[5] yachananpaq imachus kasqanta. Chaypé q'ala mancharisqa, correspa wawitanta hap'in; chayllaman uyarikun "¡Pun! ¡Pan!".

Locutor, qaparispa, nin:

—*¡Pakakuycheq, hermanos mineros! Militares yaykumusanku. Q'alataña muyuykuwancheq.*

Chaypi astawan uyarikun balas, dinamitazos, y locutor nin:

—*Lloqsinancheq tiyan. Mana saqesunmanchu6 yaykumoqta militaresta. Compañeras, compañeros: lloqsina; wañuna kaptin, wañuna. Mana yaykumunankuchu tiyan. Warmista, wawasta, waqachenqanku.*

Chaymantaq, sirenas waqanku astawan sinchita. Wataqmanta,[7] locutor nin:

---

[5] hap'ichiy: encender.

[6] Mana saqesunmanchu: no podemos dejar.

[7] Wataqmanta: de nuevo.

Todas las mañanas le dejaba comidita y se iba al colegio.
A media mañana, salía trepando una pared para ir a verlo:
a veces él esta estaba durmiendo y ni siquiera despertaba; otras,
la esperaba llorando junto a la puerta. Aún no sabía caminar,
así que iba gateando a la puerta a llamar a su mamá. A veces,
después de ir a su casa, Lucía ya no volvía al colegio.

En esa época, una madrugada, a las cinco, habían sonado
las sirenas de la mina Santa Elena. El pueblo entero se despertó
asustado, sin saber de qué se trataba. Al rato, Lucía sintonizó
la así llamada Radio Nacional de Huanuni para saber qué estaba
sucediendo. Sobrecogida por el miedo, corrió a agarrar a
su niño, y de inmediato oyó "¡Pun! ¡Pan!".

El locutor, a los gritos, decía:

—*¡A resguardo, hermanos mineros! Están entrando los militares.*
Nos rodean por completo.

Más balazos se oyeron, y dijo el locutor.

—*Ahora debemos salir. No podemos dejar que los militares ingresen.*
Compañeras, compañeros: hay que salir; si nos han de asesinar,
que nos maten. No tienen que entrar. Que se queden en casa las
mujeres y los niños.

Y apenas terminó de hablar, las sirenas ulularon con más fuerza.
De nuevo, el locutor dijo.

—*Q'alataña yaykuyk'amunku. Lloqsina mina ukupi pakak'amunancheq tiyan.*

Chayllaman radio ch'inyarparin. Tukuy ninku mana ni imas ruway atispa. Punchayk'amun, runas qaparispa purinku.

—¡Playa Verdeman chayankuña soldadituslla! Trancapi wañusqas kanña. ¡Makanakunku militares y mineros!

Chayllaman uyarikun ambulancias waqarispa, heridusta maskhaq rin trancaman. Tukuy lloqsinku, Luciapis wawitaan, plazapi, q'ala warmiswan tantasqas. Paykuna ninku:

—¡Haku,[8] yanapanancheq tiyan masisnicheqta!

Tukuy warmis risarqanku; chayllaman Lucíaq yanasun, wawitawan waqasparin, nin:

—¿Imaynatataq qam req rinki? ¿Wawaykita pi hap'enqa? Manachu. ¿Sonqoyki nanan? Imapis kanman.[9] Wawitaykitata noqa mana cuidasaqchu. Wasiman kutin. Manaraq chayaspa tinkun yachachina masinwan; pay nin waqaspa:

—Wañuchinku masisnicheqta. ¡Wañuchinku!

Lucía mana sumaq uyarispa, wasinman yaykun. Chayllaman militares yaykuyk'amunku. Wawitanrayku pakakunan karqa.

---

[8] Haku: *cfr*. Akuychis en quichua santiagueño.

[9] Imapis kanman: cualquier cosa podría pasar.

—*Nos está entrando la tropa entera. Tenemos que salir y atrincherarnos en la mina.*

Y en ese instante se silenció la radio. Todos dijeron que ya nada se podría hacer. Amanecía y las personas andaban a los gritos.

—¡Ya llegan a Playa Verde los soldaditos! Ya hay muertos en la tranca. Están luchando militares y mineros.

Allí se oyen las sirenas de las ambulancias, que van a la tranca a buscar heridos. Todos salen a la plaza, incluida Lucía y su bebé, donde estaban reunidas todas las mujeres. En la reunión, así hablaban las mujeres.

—¡Vamos! ¡Tenemos que ayudar a nuestros compañeros!

Todas las mujeres estaban yendo; en eso, una amiga de Lucía, al ver que su bebito comenzaba a llorar, le dijo:

—¿Cómo que vas a ir? ¿Quién se hará cargo de tu bebé? Pues no. ¿No te duele el corazón? Cualquier cosa podría pasar. Yo no podré cuidar a tu bebito. Quédate en casa.

Antes de llegar a su casa, Lucía se encontró a un compañero del bachillerato, quien llorando le dijo:

—Acaban de matar a un compañero. ¡Lo acribillaron!

Lucía, aturdida, no escuchó bien, y se metió en la casa. En eso, los militares seguían entrando al pueblo. Debía mantenerse a resguardo, por bien de su hijo.

Casi chisiyayninman, wataqmanta masin wasinman rispa nin:

—Álvaro y Luque, iskaynin masisnincheq wañunku.

Lucía tapun:

—¿Imayna wañunku? ¿Lloqsinkuchu?

Pay nin:

—Mana; ni punkumanpis lloqsinkuchu. Ukninta camapi puñukusaqtin, bala umanpi hap'in. Uknintataq ventanamanta qawasaspa, sonqonman bala yaykun.

Lucía q'ala llakisqa qaparispa waqan: hinapi askha mineros wañunku. Waqkuna mina ukupi pakakunku. Kimsa, tawa punchaymanta cerrosta wasaykuspa llusp'inku.[10]

Chaypitaq radiuta ch'ïnyachinku; manaña astawan tiksi muyuwan uyariwasqaykuchu. Q'ala militares yaykuyk'amunku, dirigentes wasisninkuman, punkusninkuta hayt'aspa waqkunata horqomunku; waqkunastaq ayqenku.

Chaypé qallarin q'ala nanay "toque de queda" nisqawan; tukuyninkunata wasisninkuna ukupi wisq'apukurqanku. Chaypitaq yarqay tukuy wawistata, warmistata waqacheq; mineros manaña llamkankuchu. Warmis, atispa, mana atispa mayuman rinku llamkaq. Suticheq kanku "palliris". Suysunaspi,[11] mineralta horqoq kanku

[10] llusp'i: escapar.

[11] Suysuy: cernir.

Ya casi al atardecer, de nuevo un compañero llegó a su casa y le dijo:

—Nuestros dos compañeros, Álvaro y Luque, han muerto.

Lucía le preguntó:

—¿Cómo que han muerto? ¿Habían salido?

Y él respondió:

—No, ni a la puerta habían salido. A uno de ellos le dio una bala en la cabeza, cuando estaba durmiendo en su cama. Al otro, le entró una bala al corazón mientras se asomaba por la ventana.

Muerta de pena, Lucía se echó a llorar.

Así murieron muchos mineros. Otros, seguían resguardados en el interior de la mina. Después de tres o cuatro días huyeron trepando los cerros.

Nuevamente se apagó la radio; ya no se oía nada en todo el mundo. Los militares, por doquier, entraban en las casas de los dirigentes, cuyas puertas volteaban a patadas para sacarlos a rastras. Algunos dirigentes lograron escapar.

Entonces, comenzó el dolor de todo el pueblo con el llamado toque de queda: todos se encerraron en sus casas. Los mineros ya no podían trabajar. Todos los niños empezaron a pasar hambre, lo cual tenía a las mujeres envueltas en llanto. Entonces, todas las mujeres, pudieran o no, salieron al río a trabajar. Se las llamaba "palliris". En cernidores, extraían

kopajiramanta. Sonqo nanayta chiriypi, wayrapi, qasapi, q'ala chakisnin, makisnin ch'eqtarakoq.[12]

Chaypi Lucía reqsinakun Doña Vicky, Doña Macika y Gumersinda. Chay kimsa warmi Luciata yachachinku yana qorita[13] horqoyta mayumanta. Ancha sinchi llamkay karqa mineralta horqona. Paykuna q'alititu horqosqankuta ranqeaq[14] kanku waq runasman apanankupaq Ororuman.

Ancha uk chiquititawnta ganarikoq kanku. Luciataqri chunpista siraspa chayman huntachispa cuerponman mayt'ukuspa[15] horqoq ñannesta apaq.

Q'ala mancharispa Playa Verde trancapi sipureq.[16] Tukuy kutis, sumaqta chayaq Ororuman.

—¡Kaypi tiyani, Lucía!

—¿Doña Vicky? —payta tapurin Lucía.

Paytaq nin:

—¿Lucía?

—¡Arí!

---

[12] cheqtay: agrietarse.

[13] yana qori, literalmente, oro negro. Aquí, estaño. Huanuni es la capital del estaño boliviano.

[14] ranqeay: vender al por menor (Chochabamba).

[15] mayt'ay: envolver.

[16] sipuriy: asustarse.

el mineral de la copajira. Tenían el alma aterida por el frío, el viento, la helada; los pies y las manos, totalmente agrietados.

Fue allí que Lucía conoció a doña Vicky, Doña Macika y Gumersinda. Estas tres mujeres le enseñaron a Lucía a extraer el estaño del río. El trabajo de extraer el mineral era muy duro. Todo lo que sacaban lo menudeaban a otras personas, que lo llevaban a Oruro.

Muy poquito era lo que ganaban. Y Lucía cosía unas fajas, con las que envolvía su cuerpo, y que llenaba de mineral, que luego, ella también, llevaba por los caminos.

Solía ir a los sustos, muerta de miedo, por la tranca de Playa Verde. Pero siempre llegaba sana y salva a Oruro.

—¡Aquí estoy, soy Lucía!

—¿Doña Vicky? —le preguntó Lucía.

Y la señora le respondió:

—¿Lucía?

—¡Sí!

Isqayninku mathi[17] marqanakunku. Waqaspa, Vickicita willan ancha nanaywan:

—¡Macika wañukun, Lucita! Llakiyta, wañupun. Yaku apak'apun.[18]

—¡Ah! ¿Gumiri?

—Payqa Cochabambaman ripun wawitasninwan.

Isqayninku waqarikunku. Vickycita nin:

—Kunan qamri, ¿imata ruasanki kaypi?

—Noqa kutimuni qamkunata qawareq. Kaypi apamuni tantitata, aychitata, lullitusta.[19] ¿Kunanri maypi tiyakusanki Vickycita?

—Kay laduman hamp'uni,[20] wawitay. Mayuman manaña rinichu. Verduritasta vendekusani. Kayllapiñacha wañusaq, wawitay. ¿Qamri?

—Kunan hamuni uk paqarinkama ninaypaq. Waq killasmanta kutimusaq.

—¿Mayman ripunki? —Vicky tapun.

—La Paz laduman ripusani —Lucía nin—. Chaypi llamkasaq y hatun yachaywasiman risaq. Chaymantataq wawaitayta yachachisaq.

---

[17] mathi: fuerte.

[18] apakay: llevar ver -k'apuy.

[19] lulu: pancito enroscadito.

[20] ham'puni: me he venido <— hamuy.

Las dos se fundieron en un abrazo interminable. Entre lágrimas, Vickicita le cuenta, apesadumbrada:

—¡Macika ha muerto, Luciíta! Qué pena, se ha muerto. Se la ha llevado el agua.

—¡Ah! ¿Y Gumi?

—Ella se ha vuelto a Cochabamba con sus hijos.

Las dos juntas se unieron en un llanto. Vickycita le dijo:

—Ahora cuéntame de ti, ¿qué haces por aquí?

—He regresado a verlas. Les traigo panes, carnecita, rosquitas. ¿Y ahora dónde estás viviendo, Vickycita?

—Me he venido a este lado, hijita. Ya no vengo al río. Vendo verduritas. Aquicito he de morir, mi niña. ¿Y tú?

—He vuelto pero solo para decirte hasta pronto. Regresaré dentro de algunos meses.

—¿Y adónde te irás? —le pregunta Vicky.

—Me estoy yendo hacia La Paz —le dijo Lucía—. Allí trabajaré e iré a la universidad. Así le daré un buen ejemplo a mi hijo.

—Chay p'unchay, iskayninku khuska mikhunku hatun charkekanta,[21] patanmantaq akchatata.[22] Chanta, waqarikuspa, marqanakunku makhita.[23] Chaypitaq, Viquicita qepakun waqaspa, y nin:

—Manañacha[24] ni maykaq[25] rikusqaykichu, wawitay. Dius Tatita marqasonqa. Sapa p'unchay, qampaq mañasaq yanapanasunta.[26] Ancha munakuyki imillita.

Lucía waqarikuspa nin:

—Noqapis ancha munakuyki Vickicita. Kutimusaq. Mana ni maykaq qonqasqaykichu. Mamitay hina kanki.

Chayllaman micro rikurimun. Lucía ripun, qala sonqon nanasqa, pero umanpi karqa waq hallpa. Payqa ripusarqa Yachay wasiman, astawn hatun kananpaq wawitanwan.

---

[21] charkekan: plato hecho de charqui con maíz, papa, huevo.

[22] akcha: chicha de maíz.

[23] makhita: fuerte.

[24] la partícula "cha" en cochabambino es "seguro"

[25] maykaq: nunca.

[26] Véase la inversión entre na- y su- con respecto a otras variedades.

—Ese día, las dos juntas comieron un gran charque, acompañado de una chicha de maíz. Después, volvieron a estallar en lágrimas, y volvieron a darse un fuerte abrazo. Vicky, recomponiéndose, le dijo:

—De aquí no has de irte de algún modo, niña. Dios te tendrá en sus brazos. Todos los días, le he de pedir que te acompañe. Te quiero mucho, muchachita.

Lucía, sin dejar de sollozar, le respondió.

—Yo también te quiero mucho, Vickicita. Pero voy a volver. Nunca te voy a olvidar. Eres como una mamita para mí.

En eso, aparece la flota. Lucía se va, con el corazón partido, pero ya con otra tierra en su cabeza. Irá a la universidad, para seguir creciendo con su hijo.